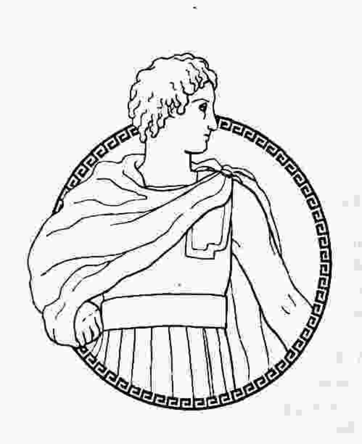
TESEO

REY DE ATENAS



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8707-6
Depósito legal: B 4187-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Con la pretensión de engrandecer todavía más
la ciudad, invitaba a todo el mundo a la igualdad
y el «aquí vengan todas las gentes» fue el bando
de Teseo cuando proyectaba la fundación
de un pueblo universal.*

Vidas paralelas, Plutarco

Dramatis personae

Los atenienses

Teseo – rey de Atenas y héroe vencedor del Minotauro en Creta.
Egeo – padre de Teseo y rey de Atenas, que se suicida al creer, por un descuido de su hijo, que este ha muerto ante el Minotauro.
Etra – madre de Teseo y princesa de Trecén.
Los eupátridas – «los bien nacidos», ciudadanos de linaje más noble de la ciudad, que ostentan derechos exclusivos.
Menesteo – hijo del noble Peteo, desterrado por Egeo, que se convertirá en rey de Atenas.
Hipólito – hijo de Teseo y Antíope, hermana de la reina de las amazonas.
Fedón – guerrero del Ática, fiel aliado de Egeo.
Acamante y Demofonte – hijos de Fedra y Teseo.

Héroes y heroínas

Hércules – héroe famoso por su fuerza, hijo de Zeus y de la mortal Alcmena.
Hipólita – reina de las amazonas, las mujeres guerreras que habitan en la costa sur del Ponto Euxino, el actual mar Negro.

Melanipa – princesa de las amazonas, hermana de la reina Hipólita.
Pirítoo – rey del pueblo de los lapitas, aventurero petulante y compañero de armas de Teseo.
Cástor y Pólux – hermanos de Helena de Esparta, formidables guerreros conocidos como los Dioscuros, los «hijos de Zeus».

Esposas y amantes

Antíope – princesa de las amazonas, hermana de la reina Hipólita y primera esposa de Teseo.
Fedra – segunda esposa de Teseo, hija del rey Minos de Creta.
Hipodamía – esposa de Pirítoo.
Helena de Esparta – hija de Zeus y Leda, considerada, ya con solo doce años, la mortal más hermosa de la Tierra.

Los inmortales

Hades – dios soberano del inframundo.
Perséfone – reina de los infiernos.

1

La construcción de Atenas

Allí, delante de la asamblea de nobles, que lo miraban con escepticismo, Teseo pensó que jamás, ni siquiera en las grandes aventuras que lo habían llevado a combatir con terribles monstruos y espantosos enemigos, se había sentido tan intimidado. Situado en el centro de la sala, frente a la grada en la que se sentaban los nobles, los viejos sabios y los más esforzados jefes guerreros, observó uno a uno a los oyentes a los que debía dirigirse. Reconoció enseguida a varios soldados que habían combatido junto a su padre, Egeo, y a los ricos aristócratas de los que tantas veces lo había oído quejarse. Apoltronados en sus asientos en actitud de desdén hacia el nuevo rey, ninguno de los presentes iba a ponérselo fácil.

A pesar del arrojo que había demostrado en todas sus hazañas, la voz le tembló en sus primeras palabras. Tal vez si hubiera estado plenamente convencido de que aquel emprendimiento, aunque fatigoso, era lo que más anhelaba, se habría

mostrado más seguro. Pensó en la trágica y reciente muerte de su padre, en las promesas que le había hecho. Respiró entonces profundamente y prosiguió:

—Estoy aquí para recoger y echar sobre mis espaldas la carga que portaba el gran Egeo, quien ha muerto fruto de la fatalidad, y vengo a pedir vuestra ayuda para que, juntos, la llevemos mucho más allá. —Tragó saliva mientras evitaba mirar a los ojos a ninguno de los presentes—. Quiero que hagamos de Atenas el estandarte que guíe toda la región del Ática a la prosperidad que merecen sus audaces hombres.

Un murmullo se extendió por la sala.

◇◇◇

La jornada había pasado deprisa y Teseo se había sentido en una nube, como un niño llevado de la mano, quizá por la presencia de su malogrado padre, que aún notaba muy cercana. Apenas se fijó en los ropajes con que lo vestían sus sirvientes ni en la ornamentación que lucía el palacio real. Ni el tacto suave de las telas ni el intenso perfume que desprendían los aceites con los que le ungían los pies y las manos conseguían que olvidara los recios lienzos de los aparejos y el olor a brea, a los que se sentía tan próximo. ¿Era aquel lugar que estaba ocupando el que el destino tenía escrito para él? Podía ser que aquel reino le perteneciera por linaje, pero, cuando escuchaba su interior, no oía el susurro de un pueblo hablándole de gobiernos sino los vítores de hombres valientes surcando los mares en busca de aventuras. Muy poco se conmovía al recorrer las innúmeras estancias palaciegas que le pertenecían cuando pensaba que, en su lugar, tal vez ya no volvería a ver el cielo tapizado de estrellas en medio de la alta mar. Para nada

querría aquellas paredes cubiertas de mármol si en ellas no podía penetrar el viento de poniente. Jamás lograría dormir sin el graznido de las primeras aves que sobrevuelan al alba. Ahora bien, a pesar de esas certezas, había resuelto hacer lo que era debido: sería un buen rey. Se lo debía a su padre.

Atenas. La sola idea de vivir allí de forma definitiva le quitaba el sueño. Por mucho que sintiera el aprecio de sus súbditos, él, el héroe que conocía recónditos y peligrosos rincones, donde habitaban hombres con otras formas de vida, otras tradiciones, no podía soportar la idea de permanecer atado a un territorio que solo le exigía sacrificios, y responsabilidades. Desde que, en su juventud, había vuelto de Trecén, donde se crio, se había sentido ajeno a aquel lugar, un extranjero en su tierra. Asimismo, le daba la impresión de que muchos atenienses, al igual que él, nunca habían tenido la sensación de formar parte de una ciudad, que les reclamaba mucho a cambio de muy poco. Pero quizá si Atenas cambiara, si la reordenara a su imagen, firme pero soñadora, más razonable, más libre, sería capaz de congraciarse con ella.

A la luz de aquella mañana, Teseo tuvo la certeza de que la única manera en que podría verse a sí mismo como rey era haciendo de aquella ciudad un lugar al que pudiera pertenecer. Mientras dejaba que los rituales en que había de sustituir oficialmente a su padre pasaran de forma fugaz, sin recrearse, sin hacer de ellos un motivo de alarde ante su pueblo, en su cabeza se fue forjando una idea que iluminó los espacios oscuros de su mente. Todo el sufrimiento que arrastraba desde el pasado —la muerte de su padre, la traición a su amada, los esfuerzos de su juventud por encontrar su camino— habría sido gratuito, inútil, si no conseguía culminar la obra de

construcción de Atenas y llevarla hasta donde su padre jamás había osado soñar, porque todo aquel sufrimiento era lo que le había conducido hasta allí.

Tras reunirse con los nobles, determinó que las primeras acciones de su reinado irían destinadas a lograr la unión en hermandad de mutua ayuda de todos los pueblos y aldeas del Ática, diseminados por la llanura, por los valles de las montañas y alrededor del puerto. Con la idea de hacerlo público, envió a sus heraldos a que anunciaran en cada rincón de la región que Teseo, hijo de Egeo, nuevo rey de Atenas, los visitaría para pedirles que lo acompañaran en aquella aventura.

◊◊◊

La hojas de las hayas murmuraban al viento en el linde del bosque. Era un día despejado y el cielo rabiaba de azul en contraste con el verde esmeralda del océano arbóreo que rodeaba el claro. En un extremo del prado, protegidos por una guardia de guerreros armados, se alzaban los estandartes de los clanes del norte; en el otro, el de Atenas. Largas y rugosas lonas, fijadas al suelo con estacas, ondeaban sobre la hierba, conformando un reducido perímetro en el interior del cual los caudillos del norte aguardaban sentados en sus banquetas, lanzando sus miradas severas, curtidas, al hombre que allí los había convocado.

Teseo avanzó hacia ellos portando un escudo de su padre, que se había roto en una de sus muchas batallas. Recorrió con sus dedos la enorme grieta, de aspecto casi doloroso, que se abría en el duro metal como una cicatriz en la piel de un soldado. En el gesto de los jefes más veteranos advirtió que reconocían aquel escudo, pues no eran pocos los que habían estado junto a Egeo el día en que se quebró en combate contra los pueblos que descendían de las montañas del nordeste. Echando el escudo a un lado, el rey había seguido combatiendo sin descanso hasta la victoria y se había ganado el respeto de aquellos caudillos. Entendiendo el norte del Ática como la barrera de seguridad de Atenas, Egeo había procurado mantener buenas relaciones con aquellas gentes más rústicas, más dispuestas a la batalla que todas las demás gentes áticas. ¿Sería capaz su hijo de mantener esa alianza e incluso de convertirla en algo más? Por lo pronto, les había comunicado que quería parlamentar con ellos y habían acudido. Ahora bien, sabía que no eran hombres de declaraciones ostentosas ni de discursos biensonantes, sino de hechos.

A su señal, entró un herrero con su delantal de cuero y su mazo. Le seguía un carro de madera tirado por esclavos, sobre el cual viajaba un yunque, un enorme caldero donde bullía una mezcla espesa y varios instrumentos para la forja. Teseo entregó el escudo al artesano, que lo tomó con manos expertas. Entonces subió al carro, colocó el escudo sobre el yunque y luego procedió a colocar sobre la resquebrajadura una pieza de chapa al rojo que extrajo del caldero. Ante la mirada de todos, martilleó la pieza metálica hasta dejarla adherida al escudo. Durante largos minutos en el bosque no se oyó nada más que los golpes de un metal contra el otro. Las aves alzaban el vuelo aterrorizadas. Habiendo acabado, enfrió poco a poco la pieza, salpicándola con agua, y después le pulió las aristas con ayuda de una pequeña muela y la limpió. Desde lo alto del carro, entregó el escudo de nuevo al rey, perfectamente recompuesto, listo de nuevo para la batalla.

Teseo se aproximó al más respetado de los caudillos, con quien su padre había tenido una amistad entrañable.

—Nobilísimo Fedón, a menudo oí que mi padre elogiaba tu coraje en la batalla. En más de un combate lo defendiste y lo protegiste con tu cuerpo aun a riesgo de perder tu vida, y luego él hizo lo mismo, pues sabes que Egeo siempre habría venido en tu ayuda cuando lo necesitases y él confiaba en ti para lo mismo. Vuestra alianza ha preservado nuestros pueblos. A ti te pertenece por derecho conservar sus armas —dijo mientras le entregaba el escudo.

El rudo Fedón lo sostuvo en sus manos, acarició con su dedo índice el emblema de Egeo tallado en el metal y apretó la mandíbula antes de decir:

—Triste compensación es esta para la pérdida del más ilustre de mis amigos.

—Honrémoslo ahora uniendo nuestros brazos esforzados para llevar a cabo grandes emprendimientos —dijo Teseo.

Otro de los jefes, que estaba sentado en un extremo, gruñó con voz profunda:

—¿Dónde estaba ese esforzado brazo tuyo cuando el gran Egeo se lanzó al mar, presa de la desesperación?

La imagen del cuerpo de su padre cayendo hacia las rocas batidas por la espuma atravesó la mente de Teseo tal y como la había visto en la lejanía desde su barco, cuando regresaba de Creta. Suspiró acerbamente, herido por ese recuerdo, pero no por ello dejó de llevar la vista hacia quien le había interpelado, mirándolo a los ojos:

—Mucho me atormenta no haber podido detener la caída del hombre que me dio la vida, que me dio el honor, a quien le debo todo lo más preciado que en mi mundo existe. Sin embargo, aunque nada puedo hacer para remediar lo sucedido, hay algo que sí está en mi mano: conseguir que no se



Teseo se aproximó decidido a Fedón, dispuesto a entregarle el escudo de su padre.

olviden sus logros y hacerlos imperecederos, en su memoria, para su gloria, para su inmortalidad. Tal es mi único anhelo y debería ser el anhelo de todo hijo. Por eso propongo a quienes lo tuvieron en gran estima que este escudo, que le dio salvaguarda en tantas batallas, nos proteja a todos, porque sus cintas de piel conservan todavía el olor, el calor y la fuerza de su antiguo dueño. Cíñetelo, Fedón, haz caso de mi ruego.

Fedón introdujo el antebrazo en las cintas de cuero y las notó cálidas como la piel humana. Encajó los dedos en las rozaduras causadas por el uso, unos dedos largos y hábiles, los de Egeo, y, efectivamente, para su sorpresa, tuvo la impresión de que se desprendía de ellas el olor de su viejo amigo y se le impregnaba la mano de él. De pronto le pareció que el mismísimo Egeo volvía a estrecharlo fraternalmente en sus brazos y sintió su notable vigor. Aturdido, no pudo evitar levantarse y mirar a Teseo. Atónitos, advirtieron todos que estaba conmocionado. El joven le puso la mano sobre los hombros y dijo:

—Tuyo es, Fedón, tal y como hubiera querido mi padre. Si Atenas está en peligro, ¿puedo contar contigo para defenderla como yo correré a proteger tu tierra con tu llamada?

Fedón avanzó la mano hacia él y la colocó asimismo sobre su hombro. Entonces se volvió hacia todos los jefes, alzó el escudo bien alto y gritó:

—¡Teseo, hijo de Egeo!

Los vítores de los jefes se elevaron en el cielo azul:

—¡Teseo, rey de Atenas!

◇◇

El joven rey observó desde un lateral de la plaza a la multitud congregada en el ágora de Cefisia. Confiaba en que, como

había ocurrido en las otras poblaciones que había visitado en su periplo, su poder de convicción lograría excitar su entusiasmo y hacerles comprender los beneficios de la propuesta. A un lado y otro, centenares de hombres esperaban el discurso del que —según habían oído— era digno sucesor de su padre en el trono de Atenas. Alrededor de la plaza, se situaban los notables de Cefisia, dispuestos a escuchar. Teseo acalló las voces de los presentes cuando se encaminó con paso decidido hasta el centro del estrado, pues se erguía ante la multitud con el porte de un héroe. Sus gestos, directos y cercanos, su voz, que había ido ganando en seguridad, y su temple eran propios de los grandes soberanos.

Después de saludar al pueblo de Cefisia, al que calificó como una de las valiosas joyas del Ática, habló con sinceridad, directo al corazón de sus oyentes:

—Los áticos no solo somos hermanos que se llevan bien, sino que conformamos un único pueblo. Así ha sido por largo tiempo y lo sabemos. Así lo sentimos, sin pensarlo. Sin embargo, por abstrusos motivos, rencillas ruines, pequeñas mezquindades, vivimos de espaldas a ello. ¿Cuánto provecho estamos dejando de obtener con esta dejación? ¿Qué no podríamos conseguir si fuéramos un único cuerpo que trabajase coordinado por alcanzar objetivos comunes? ¿Qué esperanza pueden albergar contra nosotros, si estuviéramos unidos, aquellos que codician esta hermosa y rica tierra y nos acechan?

—¡Ilusiones! —lo interrumpió un grito—. ¡Ilusiones de un muchacho que empieza a reinar! —La multitud se agitó buscando al autor de estas palabras, que continuaron abriéndose paso entre el murmullo para desconcierto de todos—. ¿Cómo lograrás, joven presuntuoso, unir bajo un mismo sig-

no ciudades tan distintas, cuando ni siquiera en los momentos más duros hemos logrado superar nuestras diferencias?

Teseo se fijó en el lugar al que se dirigían todas las cabezas y no tardó en distinguir entre los notables a un menguado viejo que, con el apoyo de su báculo, lo miraba con desconfianza. El rey se acercó hasta él con ánimo afable:

—¿Tenemos diferencias? Sí, como un hermano y otro son dos personas, no una. Ahora bien, sus brazos suman cuatro. ¿Acaso no es vuestra piel del mismo color que mis manos? ¿No tuvieron vuestros ojos el brillo de esperanza que aún tienen los míos? ¿Acaso no me habéis acogido en vuestra casa, donde el pan y el vino saben igual que en la mía? Los áticos respetamos las mismas cosas, creemos en los mismos dioses, hablamos el mismo idioma, amamos la paz y la prosperidad para todos...

—Solo los insensatos se olvidan de sí mismos —reprochó el anciano interrumpiéndolo de nuevo—. ¿Por qué va uno a barrer el patio del vecino cuando el suyo está lleno de hojas?

—Porque quizá, si tu vecino es panadero, luego te ofrezca su pan y los dos tengáis la tripa llena y el patio limpio. Y algún día, si alguien te quiere mal, tendrá que pelear también con tu vecino, porque este vendrá en tu defensa como si fueras su hermano. Los dioses no nos pusieron en el mundo para estar solos, sino para convivir. Un pequeño esfuerzo os propongo a cambio de grandes bienes.

—Nadie puede objetar nada a esos anhelos, rey, pero suele suceder que cuando un soberano habla de esfuerzo, suele referirse al de los otros. Permíteme que explique claramente a mis vecinos en qué consiste tu propuesta: nos pides que disolvamos nuestra asamblea particular y pongamos nuestros

asuntos en manos de los ricos miembros de la asamblea de Atenas, que nada saben de nosotros y bien poco nos aprecian. ¿De qué otro modo sería posible llevar a cabo la unidad que propones?

Teseo no respondió de inmediato. Aquella era la parte difícil, la que venía después de las grandes palabras. ¿Quién podía estar en contra de la prosperidad, de la pujanza lograda en común? Nadie, por supuesto. Pero todo tenía su precio, su contrapartida; bien lo había aprendido aquel anciano en su vida, que había durado varias veces la de Teseo. Ahora bien, el nuevo rey había encontrado las mismas razones en todos los pueblos que había visitado.

—Tienes razón, sabio anciano. Cefisia es afortunada de contar con la sensatez de tu juicio. Pero, dime: ¿quién levantó ese templo? —preguntó Teseo señalando el tímpano decorado del bello templo que tenía ante sí.

—¡El pueblo de Cefisia! —dijeron varias voces en desorden.

—Por supuesto. Igual que ningún hombre puede construir un edificio él solo, tampoco el Ática puede prosperar si cada pueblo marcha por su cuenta. Yo he ideado una gran mansión, requiero de vuestros brazos, os pido que sigáis mis planos. Pero sabed que la obra que os propongo es una obra común, está pensada para que nos albergue a todos —ese es su propósito y no otro— y en ella tendrán que oírse todas las voces, todas las ideas. Si quisiera solo vuestro trabajo, vendría a invadiros y esclavizaros, pero he venido a invitaros, a escuchar lo que tenéis que decir, a aseguraros que la asamblea de Atenas sabrá de vosotros, os apreciará y tomará las decisiones que afecten a toda la región del Ática teniéndoos en cuenta, porque vosotros también estaréis en

ella. No será la asamblea de Atenas, sino la asamblea de los atenienses, de quienes viven en la ciudad y de quienes viven fuera. Cedamos insignificancias pero ganemos el bien de los nuestros y la admiración de los demás. ¡Levantemos juntos las columnas sobre las que se alzará el Ática como la tierra más próspera que jamás se haya conocido!

Tal diciendo, enmudeció de pronto con el gesto transformado, la tez emblanquecida, humedeciéndosele los ojos. Parecía verdaderamente emocionado. Todos vieron cómo intentaba ahogar un suspiro. Pensando en aquellas ideas, le había cruzado por la mente la imagen de su amada, Ariadna, a la que había tenido que abandonar traidoramente después de que ella le ayudara a matar al Minotauro y renunciara a una vida de privilegios por él.

—He visto mundo más allá de estas tierras —dijo al fin—. Y sabed que, si algo he aprendido, es que la victoria nunca se consigue solo.

Un estremecimiento recorrió la muchedumbre, que mantenía un silencio respetuoso, admirado, pues sucedía que incluso quienes callaban no podían negarse a sí mismos que el nuevo rey de la ciudad de Atenas, Teseo, hijo del gran Egeo, había logrado sacudir lo más recóndito, lo más íntimo de sus almas.

◇◇◇

El discurso de Teseo fue repetido en todos los pueblos del Ática, como si el viento que azotaba aquellas tierras lo llevara hasta el más recóndito de los lugares. Allá donde sus palabras eran oídas, acompañadas de ejemplos y argumentos, hombres y mujeres, niños y ancianos, quedaban convencidos. Al cabo

de unas cuantas jornadas, de regreso a Atenas, el rey recibió noticia de que la asamblea de nobles reclamaba reunirse con él para hablarle. Sería al día siguiente, sin más dilación.

Al amanecer, Teseo se vistió calmosamente. La vida en ruta, el camino inacabable, el contacto con la naturaleza habían renovado su vigor, mientras que sus debates con la gente de la periferia, que le permitían conocer sus preocupaciones y sus deseos, reforzaban su decisión en el propósito que había emprendido. Sin embargo, cuando más tarde entró en la sala de la asamblea, no encontró rostros de ilusión sino miradas de recelo. Faltaban allí algunos notables, los que siempre habían solido gozar del aprecio de la gente llana, aunque no había fallado ni uno de los jefes militares ni de los grandes terratenientes. Desde su asiento, vio el rey que se alzaba para tomar la palabra Jenócrates, el más prestigioso de aquellas familia que se llamaban a sí mismas los eupátridas, los bien nacidos, quienes habían ejercido una autoridad ancestral en la ciudad y no temían cuestionar las decisiones de los soberanos.

—Oh, gran monarca, te agradecemos que hayas hecho un alto en tus viajes para detenerte en tu casa, aunque sea por un momento, pues temíamos que quizá ya no volvieras —dijo Jenócrates con sorna, provocando algunas risas.

Teseo comprendió rápidamente la naturaleza de la situación. Pero ya no sentía el apocamiento de la primera vez que se vio frente a los notables de su ciudad. Había convencido con su verbo y su ejemplo a sabios venerables y a caudillos experimentados, pero, sobre todo, a los curtidos hombres del campo. Aquellos orondos aristócratas que se habían investido la grandeza ganada por otros ya no le impresionaban:

—El rey de Atenas no gobierna solo para los miembros de esta asamblea, sino para todo su pueblo. Aprovecha mi presencia, noble Jenócrates, y expón tus inquietudes delante de todos y no a mis espaldas, porque así me será más fácil atenderlas —espetó Teseo.

Jenócrates asintió reclinando la cabeza. Cesaron las risas entre sus partidarios.

—Escucha pues, rey de todos, lo que a muchos nos preocupa. Creímos que te entendíamos cuando nos prometiste bonanza, pero ahora corren palabras tuyas dentro y fuera de Atenas proclamando que todos somos atenienses y que hemos de medirnos por el mismo rasero. Ahora bien, ¿cómo puede ser tal cosa posible? ¿Acaso el linaje, la pureza de la sangre, la sagrada costumbre de los antepasados han perdido su valor de la noche a la mañana? ¿En qué me parezco yo a un labrador de Eleusis?

—A quien suma su sudor y su esfuerzo con el mío, lo llamo amigo, sin importar su linaje ni que venga de Eleusis y cultive nabos. Cualquiera que trabaje y pague sus tributos, que alce su brazo para defender nuestras murallas, que contribuya a la gloria y al esplendor de Atenas, merece ser llamado ateniense.

—Tus discursos sin duda son hermosos, pero respóndeme a cuestiones prácticas: ¿cómo vamos a ofrecer todos lo mismo para la gloria Atenas? ¿Pretendes que nosotros cavemos zanjas y que ellos manejen los asuntos de nuestras casas?

—Bien sé que cada uno ofrece lo que tiene, pero también que algunos han recibido lo suyo mientras que otros se lo han ganado. —Todos los presentes prorrumpieron en protestas y clamores. Se sentían ultrajados. Teseo se alzó de su asiento y habló con más fuerza—: Escuchadme, pues os

equivocáis si creéis que os desprecio. ¡Os necesito, lo confieso! —El bullicio se redujo ante esta confesión. Muchos volvían a escuchar—. Gracias a vuestros privilegios habéis podido cultivaros. Por eso valoro vuestro discernimiento. Sabéis de nuestras viejas costumbres, de nuestras leyes, de las cosas divinas y sagradas. Pero si vosotros sobresalís en razón de esos conocimientos, los labradores sobresalen por la fuerza de sus brazos y los artesanos por la habilidad de sus manos. No son menos que vosotros, sino que hacen otro trabajo, cumplen otra función, una que necesitamos. ¿Acaso vais descalzos o hacéis vosotros vuestros propios zapatos? Esa es la igualdad que propongo. He pedido un gran sacrificio a los pueblos del Ática y ellos me lo conceden: aceptan disolver sus asambleas y someterse a una asamblea para todos. Me parece a mí que lo justo es que nosotros aprendamos a pensar en el bien común de la gran Atenas y no en proteger únicamente los intereses propios. Así que no te preocupes, Jenócrates, que nadie va a quitarte los humos. Son tuyos por derecho de familia.

Rieron los miembros de la asamblea ante este comentario, pese a que la burla también podía aplicarse a ellos. Jenócrates no acababa de entender lo que había sucedido. Teseo reía con ellos, consciente de que, por el momento, se los había ganado.

∞

Al entrar por la puerta de Atenas, flores y hojas de laurel cayeron como una lluvia sobre la cabeza del rey de Atenas. Las noticias de que Teseo había conquistado Mégara habían corrido más que sus caballos y los atenienses lo esperaban para celebrar que no solo tenían a un rey capaz de llegar a

grandes acuerdos con caudillos levantiscos, con pueblos independientes e incluso con los ciudadanos más acaudalados, sino también a un héroe guerrero que se alzaba con la victoria en el campo de batalla. Aún sudoroso y polvoriento, el monarca no pudo evitar sonreír ante la muchedumbre que se abría ante sí aclamando su nombre.

Decidió bajar del caballo y caminar para llegar al palacio, que no quedaba lejos, para llenar sus pulmones con el aire de la nueva y revigorizada Atenas. Avanzaba pocos pasos, pues eran muchos quienes lo detenían. Agradeció el agua que de una vasija le ofrecía una joven muchacha para que se lavara las manos, y el vino endulzado con miel que un tendero se negó a cobrarle. Recorrió las calles entre gritos de entusiasmo hasta que un corpulento boyero y un recio vendedor de hortalizas lo subieron a la pilastra de un edificio que estaba a medio construir. Un rayo de luz reflejado en el mármol aún por colocar le hizo volver la cara hacia la multitud que lo había seguido. Su guardia había quedado muy atrás, pero Teseo se daba cuenta de que no la necesitaba, que aquella gente, el pueblo de Atenas, eran sus protectores, como él lo era de ellos. Aún con la emoción de la batalla y la aventura, que tanto había añorado durante su largo período como rey, se sintió por un momento feliz. Miró hacia el cielo, cuyo color le recordó el del mar, y pensó que su padre estaría orgulloso de él.

Sin embargo, aquel sentimiento confortable duró poco. El color marino de aquel cielo tan intenso le traía también el sabor de la sal a los labios, y, al paladearlos, lo que halló súbitamente, después de tanto tiempo, fue el recuerdo de los labios de Ariadna. Su rostro se ensombreció. Bajó de la

pilastra de un salto y, corriendo, ante el asombro de todo el mundo, se alejó en dirección a su palacio.

◦◦◦

Cubriéndose la cabeza con una capucha, Teseo abandonó el recinto en medio de la espesa noche sin llamar la atención de ningún guardia. Como una sombra proyectada por la luz de la luna, se deslizó hacia el camino que conducía al acantilado sobre el que se alzaba el templo de Poseidón, el dios del mar, impulsado por una sensación de extrañeza y un deseo irreprimible al mismo tiempo: necesitaba ir allí pero no soportaba el lugar al mismo tiempo. No había vuelto desde el fatídico día de su regreso de Creta, cuando había visto a su padre precipitarse desde las alturas.

Mientras alcanzaba la cima, el dolor mordió su alma como un perro rabioso. Se detuvo un momento, dudando, pero siguió hacia adelante, hasta llegar a lo alto. Junto al templo del dios, Egeo había experimentado momentos de angustia terrible, imposible de concebir: se había convencido de que su hijo había muerto a manos del Minotauro. Así lo declaraba la vela negra del navío que regresaba a Atenas. No podía saber que la aventura de Teseo se había resuelto de modo totalmente contrario: había vencido, volvía a Atenas vivo, había librado a su ciudad del cruel tributo al que lo obligaba Creta. Sin embargo, había encargado tarde cambiar la vela por otra blanca para avisar de su éxito, como le dijera su padre. Teseo se sentó sobre una piedra, rememorando aquel terrible día en que se convirtió en rey de Atenas por culpa de su necedad.

Intentó penetrar con su mirada la oscuridad del mar, pero solo oía los lejanos rugidos de las olas rompientes estrellán-

dose contra los cantiles de la costa. Poco a poco, la calma fue envolviéndolo, a medida que sus ojos percibían cómo la oscuridad cedía a los hilos de claridad que la luna proyectaba sobre las aguas. Algunos pájaros comenzaron a romper con sus gorjeos el silencio previo a la madrugada, llenando de magia el amanecer.

Mar adentro, la proa de una nave penetró en el surco blanco dibujado por la luna sobre el mar y llamó la atención de Teseo. El rey se levantó y aguzó su vista, intentando vislumbrar alguna seña que identificara aquel barco que libraba el cabo envuelto en las brisas y la naciente claridad del alba. Lentamente, el casco de la nave cruzó el haz de luz, majestuoso, con su gran vela desplegada como las alas de un águila.

Teseo experimentó una punzada en el pecho. Se vio a sí mismo al timón de aquel barco, sintió la tensión de la vela, la dureza del timón, el canto del viento acariciando la jarcia, y deseó con toda su alma poder embarcarse de nuevo, partir hacia el horizonte, notar en el pecho los golpes de su corazón, latiendo con la emoción de un nuevo viaje.

La luz del sol rompía ya el horizonte y apartaba las sombras del mundo. Fue un amanecer rojo y hermoso como nunca antes había visto. Dirigió sus ojos hacia la nave: dibujada sobre su gran vela, se balanceaba la enorme cabeza de un león. El corazón del rey palpitó con más fuerza. Era la nave de Hércules, que se dirigía a Atenas.

2

El amor de la amazona

Con las velas plegadas, la nave se adentró sin miedo en el corazón de la tormenta y, en apenas unos segundos, las olas comenzaron a azotarla. Ante el rugido del enfurecido mar y el sobrecogedor estallido de los truenos, Hércules y sus marineros se pusieron a cubierto. Solo Teseo permaneció sonriendo en cubierta, justo encima del mascarón que protegía al navío. Como si hubiera perdido la razón, disfrutaba de la lluvia sujetándose a uno de los mástiles. Desde que había llegado al trono de Atenas había soñado con aquel momento: volver a sentir el viento de una tempestad en su rostro, el escozor de la sal en sus labios, el sabor de una nueva aventura. Se alegró de haber aceptado el trato que lo había llevado, por primera vez en muchos años, fuera del Ática.

—Me dirijo a Oriente —le había dicho Hércules nada más reencontrarse con él en Atenas—. Euristeo me ha ordenado que consiga el cinturón de Hipólita, la amazona. Parece que

Admete, su hija, arde en deseos de ceñir su talle con el cinto de una reina feroz y salvaje. Es un viaje largo, rumbo a lo desconocido. Necesito que me acompañes.

Y ante tal petición, con la emoción mordiendo su estómago, Teseo había aceptado sin dudarlo. Había dejado atrás las estancias del palacio y se había dejado atrapar por el remolino de la aventura que los llevaría al fin del mundo conocido.

Durante las semanas que duró el largo viaje hacia la tierra de las amazonas, inmerso en aquella expedición, Teseo no solo había navegado a través de las olas, había surcado también el hondo abismo de su propia soledad, deseando dejar atrás, en tierra, los obstinados fantasmas de su pasado.

El barco se balanceaba ahora con violencia. A babor y estribor, muchos de los hombres, doblados sobre la borda, vomitaban sin cesar. Hacía días que navegaban con fuerte oleaje, pero aun así Teseo estaba eufórico. De nuevo pisaba las tablas de una nave, de nuevo el viento del mar llenaba sus pulmones. Nada más salir el navío de la tormenta, el sol de la mañana los deslumbró. Entonces, empapado como si hubiera caído al agua, Teseo buscó a Hércules y no tardó en vislumbrar los poderosos músculos de su figura recortados bajo la luz anaranjada del amanecer. Acodado a estribor, el héroe husmeaba el aire, tratando de reconocer en la brisa el olor de la tierra.

De repente, el cuerpo de Hércules se enderezó. Teseo miró al horizonte y, a lo lejos, confundida entre la bruma, creyó columbrar la tenue y difuminada línea de una costa dibujada sobre el grisáceo tapiz de la distancia. Sus miradas se cruzaron y una sonrisa iluminó sus rostros: ¡tierra!

La tarde estaba en su apogeo cuando llegaron a una rada. Delante de la proa del barco, dos colinas escarpadas, verdes,

surcadas por torrentes de agua dulce dibujaron en el rostro de los navegantes la promesa de un pequeño paraíso. Los árboles se apelotonaban en las laderas y los graznidos de las aves llenaban aquel lugar de una música atrayente e inquietante a la vez, cargada de presagios. Teseo vio que un pequeño cabo dividía en dos aquella ensenada natural y que un río de aguas claras desembocaba en una de las playas.

Todas las naves fondearon en aquel abrigo, dejándose balancear por las suaves ondas. Desde la playa, las dunas cuajadas de juncos parecían avanzar, desplazarse como un ejército de pálidas tortugas. Teseo saltó y avanzó despacio, sintiendo el frescor de las tranquilas aguas acariciando sus piernas.

Mas, de repente, detuvo sus pasos y, con un gesto de sus brazos, ordenó silencio a quienes estaban a su alrededor. El mismo Hércules obedeció y, ya quieto, aguzó sus sentidos. Todos oyeron un clamor lejano, apenas un susurro que rompía la monocorde y sibilante melodía de los árboles mecidos por el viento. Poco a poco, el sonido se fue haciendo más lejano y, finalmente, desapareció, engullido por la distancia.

—Eran los cascos de un caballo —dijo Hércules despacio—. Creo que estamos sobre el río Termodonte y que, por fin, hemos arribado a la tierra de las amazonas.

Todos asintieron. Miraron a Hércules con un gesto de preocupación dibujado en sus rostros, pues las leyendas sobre aquellas enigmáticas mujeres habían llenado sus ánimos de un indefinible temor. Acostumbrados a enfrentarse a todo tipo de soldados, a hombres crueles, salvajes y despiadados, no sabían qué hacer al imaginarse en un combate contra féminas, a las que muchos consideraban más peligrosas que el peor de los varones.

—No hay nada que temer —dijo Hércules al ver la preocupación de los hombres—. ¿Acaso debemos sentir miedo de estas mujeres? ¿Debemos creer las historias que se cuentan sobre ellas? Si tienen la osadía de enfrentarse a nosotros como fieros guerreros, las combatiremos como tales, sin piedad, sin pausa, sin remordimientos.

No percibían aún el peligro que los acechaba: entre los árboles, detrás de los juncos de las dunas, docenas de ojos contemplaban a los hombres que acaban de desembarcar. Ojos enigmáticos, adornados con pinturas extrañas, ojos de mujeres que atisbaban como fieras, observando cada movimiento de los extranjeros, calculando sus fuerzas, su número, su energía. Hipólita, la reina de las amazonas, se levantó de repente. Ciñó a su cuerpo un cinturón espléndido, dorado, refulgente, e hizo un gesto con la mano antes de comenzar a descender hacia la playa. Desde el lugar en que se encontraba había visto ya quién era el hombre que dirigía al grupo de extranjeros: se había fijado en su torso, en sus músculos, en todo su cuerpo torneado por el esfuerzo de la lucha.

—Esperad tranquilas —dijo a sus compañeras—. Creo que no necesitaremos armas de guerra para vencer a estos extranjeros. Ya sabéis cuál es el punto flaco de cualquier hombre.

Las demás rieron a carcajadas y contemplaron a su reina descendiendo sola, a grandes saltos, entre la maleza: parecía un felino, un ser nacido y criado en esa tierra con la que se confundía, en la que se integraba como la blanca estela de una ola perdida en medio de un mar embravecido.

Alzando la mano en señal de paz, Hipólita salió de entre los árboles y se puso a la vista de los griegos. La luz del sol, reflejada en su cinturón, cegó a Hércules.

—Bajad esas armas—dijo el héroe a sus hombres—. Iré desarmado a hablar con ella.

◇◇◇

Cuando la tarde cayó, una luna inmensa, brillante y sobrecogedora trazó un camino de plata sobre la superficie del mar. Todos los hombres habían disfrutado de las dulces aguas del río, habían bañado sus cuerpos y reconfortado sus ánimos, puestos a prueba muchas veces durante las interminables jornadas de navegación. Estaban contentos y esperanzados, pues a su regreso Hércules les había dicho que la reina Hipólita había decidido entregarle su cinturón voluntariamente, sin lucha, sin violencia.

—Mañana seremos agasajados con un banquete de bienvenida —añadió—. La reina Hipólita nos promete delicias sin límite y augura que nunca querremos irnos de sus tierras. ¡Si las demás son tan bellas como ella, apuesto a que tiene razón y más de uno querrá quedarse!

Los hombres estallaron en risas y palmearon el enorme hombro de Hércules, imaginando los placeres que los aguardaban. Solo Teseo recibió esas palabras con un punto de reserva, sin poder evitar sentir una cierta decepción. Había imaginado mil veces el combate contra aquel legendario pueblo femenino y la perspectiva de un ágape, en lugar de una batalla, lo desanimó. Sin embargo, no dijo nada. En guardia, sin fiarse por completo, intentó descansar con todos sus sentidos bien despiertos.

No era noche cerrada todavía cuando el ruido de cascos a galope inundó la playa. Fue como un trueno cuyo estruendo viajara en el seno de un viento repentino y violento. Todos

los hombres se pusieron de pie, impacientes por probar los placeres prometidos, y miraron hacia la maleza, por donde debían llegar las mujeres. Al poco rato, las amazonas aparecieron en tropel, pero en lugar de las flores y los manjares prometidos parecían traer las manos vacías. Hércules buscó a la reina entre la maleza, pero no la encontró. No había rastro de Hipólita y todas seguían a otra joven que brillaba con la majestuosidad de una diosa a lomos de un caballo blanco. El héroe la reconoció: era Melanipe, la hermana que Hipólita le había presentado como su mano derecha. Pero había algo raro en ella: no parecía la misma muchacha de hacía unas horas, pues tenía la mirada perdida e, incluso en la distancia, el héroe podía notar el fuego de sus ojos inyectados en sangre, como si estuviera poseída por otro ser. Hércules intentó sostenerle la mirada, pero la joven la tenía fijada en otro objetivo. No lejos de él, uno de sus hombres había roto la distancia de seguridad y había salido de la línea donde podía ser alcanzado por las flechas. Había estado, como los otros, bebiendo e imaginando los placeres con los que los deleitarían las amazonas. Borracho y cegado por la visión de aquellas mujeres, caminó hacia ellas risueño, dispuesto a disfrutar de aquello que había imaginado. Entonces, sin mediar palabra, Melanipe, con un rápido movimiento, sacó un arco sujeto a un lateral de su caballo, lo tensó en apenas un segundo, apuntó al pobre hombre que avanzaba presa del deseo hacia ellas y lo derribó de un flechazo certero. Hércules dio el grito de alerta y sus hombres corrieron a por las armas ante la inminente carga de las amazonas.

¿Qué estaba pasando? ¿Tan poco valor tenía la palabra dada? Hércules, enfurecido por lo que creía una traición de

Hipólita, se lanzó al combate movido por una cólera violenta y desmedida. La buscó con la mirada mientras su maza quebraba cráneos y rompía huesos de mujeres, pero en la oscuridad de la noche no vislumbró el brillo del cinturón.

Confirmados sus temores y recelos, Teseo se lanzó a la batalla dispuesto a combatir con furia a aquellas mujeres extraordinarias. Hirió con su espada a muchas, notó las calientes salpicaduras de la sangre, el olor de la muerte, el frenesí del combate. Se abrió paso entre los cadáveres y caballos, entre los cuerpos mutilados de sus propios compañeros y, repentinamente, al darse la vuelta, se vio frente a una mujer altiva, desafiante, con la lanza en alto. Teseo se dio cuenta de que, de haberlo querido, aquella amazona podría haberlo atravesado con su arma. Entonces percibió el pánico y la incomprensión en sus ojos.

—¡Huid, forastero! Algo ocurre... yo... mis hermanas... jamás traicionarían las órdenes de Hipólita.

Bella e imponente, la mujer tenía el escudo cubierto de sangre y sus ojos parecían dos rubíes encendidos en medio de la oscuridad de la noche, mas todo su cuerpo, escondido detrás de las vestiduras de guerra, desprendía un halo de tristeza e incomprensión. Teseo la miró, aún con su espada en alto, y sus ojos se encontraron, deteniéndose ambos en un momento de paz, en un soplo de calma. Ella bajó su brazo, relajó los músculos, preparados como resortes para arrojar la lanza, y esbozó una mueca, el bosquejo de una sonrisa que difuminó por completo la cólera de Teseo, su ansia por matar, su deseo de guerra.

—¿Qué dices, mujer? ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Por qué bajas tus armas en lugar de luchar conmigo?

—¡Algo extraño ocurre! ¡Esta tierra no merece ser mancillada con vuestra sangre! ¡Algo se ha apoderado de Melanipe y las demás la obedecen como si llevara el cinturón de la reina!

Teseo bajó la espada. Quietos, petrificados por una fuerza mayor que la de las armas, ambos contemplaban lo que estaba sucediendo sin comprenderlo: aquí y allá, hombres y mujeres se enfrentaban sin entender por qué, mientras Melanipe, hierática y autoritaria, los observaba desde la distancia.

Entonces, del interior del bosque un caballo apareció a todo galope. Las amazonas oyeron los gritos de su jinete, sintieron el temblor de la tierra bajo sus cascos. La silueta de la reina Hipólita emergió entre el fragor de la lucha como un ciprés en medio de un campo de olivos. Todos vieron cómo saltaba de su montura con el rostro desencajado, sin saber qué razón había desatado aquella lucha. Sin preocuparse por combatir, completamente inerme, miró, oteó, escudriñó el informe escenario de la batalla buscando a Hércules, el hombre a quien había prometido paz junto al lecho de un arroyo.

Cuando lo vio, corrió hacia él. Extendió los brazos, lo miró con gesto suplicante, pero no tuvo tiempo de decir nada. Sintiéndose traicionado, hundió su lanza en el vientre de la amazona, que, con la vida quebrada para siempre, se derrumbó sobre el suelo antes de poder pronunciar una sola palabra.

Desde el lugar en que se encontraba, Teseo vio cómo el héroe se inclinaba sobre el cadáver de Hipólita para arrancarle con violencia su hermoso cinturón.

—¡A las naves! —gritó Hércules.

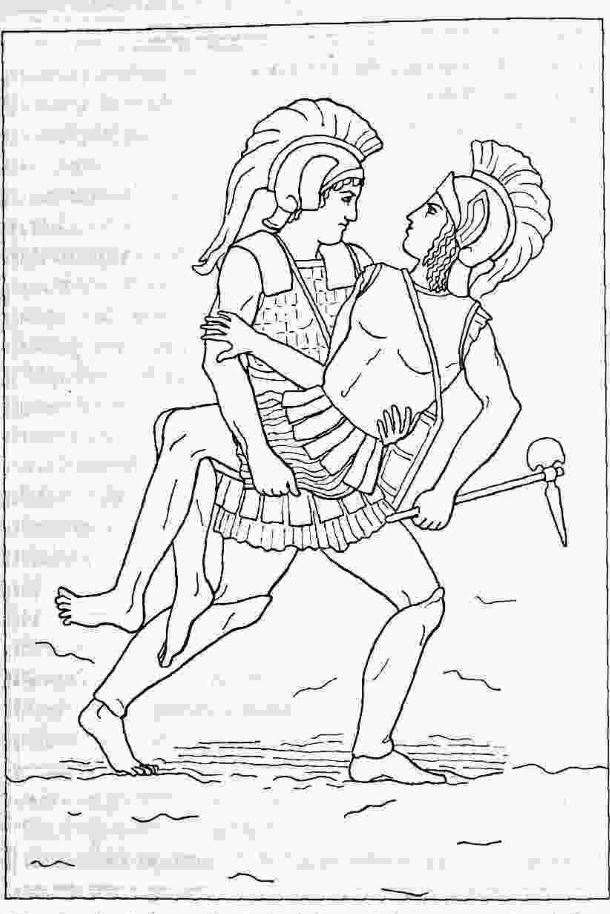
Todos comenzaron a retirarse en orden hacia la orilla, acosados por las amazonas, aún más furiosas tras la muerte de su reina. Retrocedían despacio, cubriendo sus cuerpos

de la lluvia de flechas, del acoso de mujeres y caballos, recogiendo, a la vez, a quienes caían heridos o mutilados; la arena de la playa estaba empapada de sangre.

Entonces las miradas de Teseo y la muchacha se cruzaron de nuevo. En todo ese tiempo, la joven habría tenido oportunidad de matarlo mil veces si hubiera querido, pero no lo había hecho. Entonces vio a sus hombres corriendo hacia él, en dirección a la nave, y cómo uno de ellos dirigía su arco hacia la amazona, que de repente cayó al suelo. Teseo avanzó, se agachó hasta quedar a su altura y la levantó. Sus ojos se reflejaron en las pupilas de azabache de la guerrera, pero en lugar de vislumbrar el odio y la furia del enemigo tan solo se topó con el rastro del deseo. Ella se llevó la mano al hombro. Una flecha la había alcanzado y de su piel empezaba a brotar una línea de sangre, bombeada desde un corazón acelerado, cuyo latir creyó sentir el héroe aislado del fulgor de la batalla. También algo empezó a bombear en el interior de su pecho, un ardor que le nubló el cerebro y que detuvo el tiempo. Los ojos de ella, con su mirada suplicante; los ojos de él, henchidos por el deseo que provoca la belleza. Teseo le arrancó la flecha y la tomó en sus brazos. La joven se dejó llevar. El héroe avanzó hasta la orilla y entró con la joven en el mar. Subieron a la nave, zarparon con todos los demás, inmunes a las nubes de flechas, a los gritos de las amazonas, que, cegadas por la furia, creyeron que una de ellas estaba siendo raptada por la fuerza.

◇◇◇

Una vez en el barco, Teseo hubo de convencer a Hércules y al resto de la tripulación de que no debían dejar a la amazona sola en la bodega, donde la habían encerrado.



Teseo observó a Antíope con los ojos henchidos por el deseo que provocaba su belleza.

—Te digo, viejo amigo, que algo ocurrió en esa playa, algo que ni tú ni yo entendemos —dijo Teseo apoyando su mano en el hombro del semidiós—. Algo se apoderó del alma de la hermana de Hipólita.

—No seré yo quien niegue la persecución a la que me someten los dioses... Ve con ella y averigua lo que puedas.

Teseo bajó por la escala hasta la bodega donde habían encerrado a Antíope, pues así se llamaba la amazona, y, consciente de que esta no escaparía, ya que tenía un grillete en su tobillo, le desató los brazos. Ambos se miraron y sus ojos revelaron que no debían sentir miedo el uno del otro. Antíope se frotó las muñecas, doloridas por la presión de la cuerda que acababa de aflojar Teseo. Este introdujo entonces su mano en un cuenco en el que había preparado una cataplasma de caléndula, romero y aceite y, con la suavidad de una caricia, la dispuso sobre el hombro asaeteado de la joven. Así lo hizo durante una semana en la que, cada día un poco más, la piel de Antíope añoró la delicadeza de los dedos de Teseo. Al octavo día, agotado el ungüento, fueron los labios del joven los que se posaron sobre la herida ya cicatrizada.

De regreso a Atenas, durante el largo viaje, conversaron mucho sobre todo lo ocurrido en la playa, pero jamás lograron averiguar qué divinidad había provocado con sus engaños la ira de las amazonas. Ni tan siquiera fueron capaces de intuir algo cuando, mientras mencionaban a todos los dioses del Olimpo, una tea que alumbraba la bodega se apagó al pronunciar el nombre de Hera. Teseo aprovechó la oscuridad para besar a la amazona y ella lo correspondió acogiéndolo entre sus poderosas piernas, que se ciñeron sobre su cintura

como los cepos se cierran sobre el cuerpo de las bestias. Durante días, como quien vive el amor por primera vez, disfrutaron de los envites de las olas sin temer a los naufragios, entregados a una pasión de la que fueron presos desde que cruzaron sus miradas en el campo de batalla. Cuando la nave atracó en el puerto de Atenas, Antíope ya llevaba en su seno a Hipólito, el hijo engendrado por Teseo. Aquel amor traería funestas consecuencias, pero las desgracias aún tardarían años en producirse.

∞

A pesar de que el héroe había dejado de un día para otro a su pueblo, la victoria sobre las amazonas hizo que Teseo, a su llegada a Atenas, fuera aclamado como un rey conquistador. Y la noticia de que un heredero al trono estaba en camino y el hecho de que proviniera de una rival fue la prueba definitiva de la victoria del héroe sobre sus adversarios. No había en el Ática nadie más poderoso que él: no solo había unido a los pueblos áticos bajo un mismo estandarte, sino que ahora incluso sus enemigos eran reconquistados y convertidos en parte de su reino. Así, amparados en el amor que regalaban, Teseo y Antíope vieron crecer a Hipólito, un niño que fue testigo de cómo Atenas, bajo la heroicidad y buen gobierno de su rey, continuaba con su etapa de calma y esplendor. En aquella paz y felicidad que pareció instaurarse en las calles de la ciudad, los atenienses no fueron conscientes de que, aún lejos de sus fronteras, se había desatado la furia de un centenar de doncellas sedientas de venganza.

Levantando una gran polvareda, un ejército de amazonas se internó por las estepas de Escitia, rumbo a occidente, hacia el remoto reino de Teseo, rey de Atenas, raptor de Antíope. No era un camino fácil ni rápido y a lo largo de su larga marcha establecieron alianzas con diferentes tribus de los escitas, pueblo famoso por su extrema crueldad con los enemigos. Se decía que los cráneos y órganos sexuales de sus adversarios colgaban de sus cinturones, y que bebían licores de fuego en el hueco de las cabezas de los vencidos. Cuando llegaron al Ática, la noticia se propagó rápidamente por todas las aldeas y, antes de que la horda estuviera a la vista de la ciudad, el miedo hizo presa en sus habitantes.

Una tarde, estando Teseo y Antíope jugando con Hipólito en palacio, recibieron la visita de un mensajero que, tras cabalgar varios días desde la otra punta del Ática, traía noticias:

—Mi rey, un ejército de mujeres armadas, a las que se han unido tropas de escitas, se acerca hacia Atenas. Quieren reunirse contigo, desean evitar derramamientos de sangre.

Antíope cogió a su hijo en brazos, lo apretó contra su pecho y miró a su marido, que guardó silencio. Teseo ordenó que diesen agua y comida al mensajero y, tras hablar con él en un aparte, se acercó de nuevo a su esposa.

—Vienen a buscarte —le dijo.

—Lo sé —contestó ella—. Pero mi sitio ahora está aquí.

Los rumores acerca de la crueldad de las amazonas y sus recientes aliados circulaban como un torrente desbocado. La mayoría de los habitantes de las llanuras corrieron a refugiarse tras los muros de la ciudad o de su puerto, y desde las cimas de las colinas contemplaron cómo aquella recua de salvajes arrasaba, incendiaba y lo destruía todo a su paso.

Teseo esperó. Había recibido ya a una embajada del ejército enemigo, que le exigía la entrega inmediata de Antíope,

a quien consideraban raptada y esclavizada, pero él se mantuvo firme, dispuesto a no doblegarse ante las amenazas ni ante las peticiones de su amada. Abrazando a Antíope en el lecho, rechazó la propuesta que esta le hacía: la antigua amazona deseaba hablar con sus hermanas y convencerlas de que Teseo no era su captor sino su esposo. Pero el rey se negó, pues desconfiaba del motivo de aquella campaña: estaba convencido de que aquel ejército de mujeres, al que se habían unido otros pueblos, no perseguía un rescate sino una conquista. La propia Antíope se las ingenió para enviar un mensaje a sus antiguas compañeras e intentar sacarlas de su error. Quería decirles que se marcharan, que no había sido capturada, que ella había huido de forma voluntaria porque amaba a Teseo, y convenció a uno de los guardias de palacio para que saliera de la ciudad al encuentro de las amazonas. Pero cuando el mensajero enviado reprodujo de viva voz las palabras de la joven ante la nueva reina guerrera, sintió que la sangre subía a borbotones por su garganta sin dejarlo acabar; al grito de «¡mentira!» la lanza de una amazona había atravesado su pecho poniendo fin al mensaje. Los intentos de Antíope por frenar a sus hermanas llegaban demasiado tarde. Las luchadoras habían cabalgado durante meses y no estaban dispuestas a renunciar a su empresa: habían hecho un largo viaje hasta llegar allí y ni ellas ni, especialmente, sus feroces aliados regresarían con las manos vacías, sin más botín que el reconocimiento de un error.

Teseo y Antíope contemplaban desde la terraza de su palacio la nube de polvo, humo y fuego que se desplazaba lentamente hacia Atenas. Entre los dos abrazaban a Hipólito, su jovencísimo hijo, al que los atenienses habían tomado como

un símbolo de paz, pues desde su nacimiento se había vivido el más largo período de bonanza que se había conocido desde la salida de Teseo de Trecén.

—Parece que no habrá más camino que la batalla —dijo apenado el rey, mirando a su esposa—. No han atendido a nuestros embajadores ni han respetado campos, cosechas o aldeas. No tengo más salida que luchar.

El rey se agachó un momento para abrazar a su hijo. Desde el suelo rodeó también las rodillas de su esposa. Levantó los ojos y se encontró con los de ella, y ambos recordaron el instante en que se enamoraron, el momento en que, rodeados de gritos de guerra, de sangre, de cuerpos destrozados, de miembros cercenados por el filo de las armas, no vieron nada, no oyeron nada, salvo el latir de sus cuerpos y el húmedo lamento del deseo.

Cuando Teseo se incorporó, Antíope lo miró fijamente. Sus ojos expresaban una determinación que su esposo no había visto nunca antes.

—No olvides quién soy, Teseo. Combatiré a tu lado.

El encuentro decisivo se dio en la Pnyx, la colina donde Teseo solía reunir a sus conciudadanos para explicarles el contenido de sus reformas. Allí, Teseo dirigió a su ejército contra las amazonas mientras Antíope, armada con coraza y un arco con flechas como la poderosa guerrera que había sido antaño, se ponía al servicio de las tropas que atacarían a los aliados de sus hermanas.

—Solo te pido, mi rey, que no me obligues a disparar contra ellas —dijo a Teseo—. Bien saben los dioses que, si yo viera la lanza de una de mis hermanas apuntando a tu pecho, no dudaría en disparar para salvar tu vida. Pero, habiendo

otros enemigos que quieren tu cabeza, permíteme que dirija mi rabia contra ellos y no me condenes a la vergüenza de matar a aquellas a quienes tanto quise.

—Antíope, tú que has gobernado a mi lado, no tienes que demostrar tu fidelidad a Atenas, pues nadie en este reino duda ya de ella. Ve y defiende tu ciudad contra los escitas, pues sé que lo harás con la misma fuerza con la que un día quisiste abandonar a tus hermanas para amarme a mí y a un nuevo pueblo —dijo Teseo antes de besarla apasionadamente, consciente de que debían separarse y partir a la batalla.

Así, mientras Teseo combatía con su espada contra el ejército de mujeres en el norte de Atenas, en el sur, encaramada en lo alto de los tejados de un templo, Antíope dirigía sus certeras flechas contra las tropas escitas. Una y otra vez extraía las puntas de su carcaj, tensaba la cuerda, seleccionaba un objetivo, apuntando al corazón cuando el soldado no llevaba coraza y a la frente cuando había perdido el casco, y acertaba con precisión en el blanco, robando la vida del enemigo, consciente de que solo así podía proteger la de sus conciudadanos y la suya propia. Hubo quien, al ver combatir a aquella extranjera codo a codo con los áticos, comprendió lo que Teseo había logrado: que todo ciudadano, cualquiera que fuera su origen, estuviera dispuesto a dar su vida por Atenas.

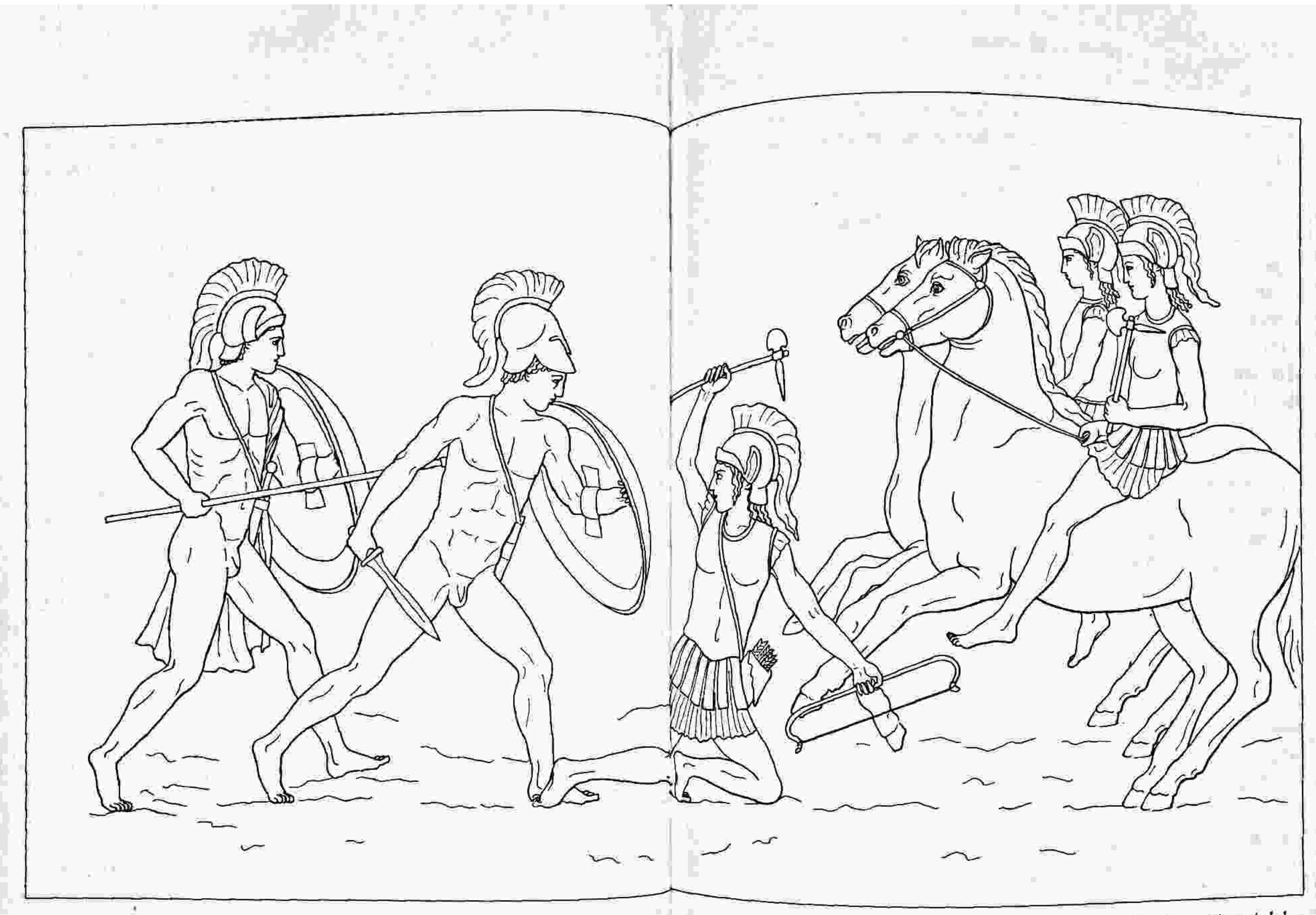
Los atenienses, combatiendo juntos por una misma causa, sintiendo que eran hijos de una ciudad unida por Teseo, derrotaron por completo a las amazonas, que huyeron a las estepas de Asia y se mezclaron para siempre con sus habitantes. Mas Teseo no tardaría en conocer la desgracia al dirigirse hacia el sur para reunirse con las tropas que aún combatían contra los escitas.

En el gran combate, librado en las inmediaciones del ágora, Antíope y un centenar de atenienses se enfrentaron a la última docena de escitas que quedaban en pie. A pesar del tiempo transcurrido, la antigua amazona no había perdido su puntería y derribaba con sus flechas a cualquier enemigo que intentaba acceder a la plaza. En apenas unas horas, con ayuda de los soldados atenienses, logró frenar a los invasores y cesó la lluvia de flechas y lanzas. Tras un largo período de calma, un expedicionario confirmó que no quedaban enemigos a batir en la zona sur de la plaza, pero que aún faltaba por revisar algún tejado de los edificios del norte, donde parecía que habían visto algo negro moverse.

—Serán los cuervos dando buena cuenta de los restos de esos malnacidos —dijo Antíope, satisfecha por la victoria—. ¡Los hemos aniquilado a todos! Si queda alguien vivo, estará malherido y ya no supondrá una amenaza para nadie.

Entonces se oyó una corneta sonar. La amazona miró en derredor y vio llegar a Teseo y a sus hombres, quienes, aún con los escudos en la mano y las espadas en alto, entraban por el acceso sur de la plaza. Confundida por la emoción, creyó que aquellos toques que oía eran las trompetas de la victoria, así que bajó su arco y, de un salto, salió de detrás de la columna y de los sacos de trigo que le habían servido de trinchera y cruzó sin mirar el campo de batalla. Había temido que su esposo hubiera muerto a manos de sus hermanas y la alegría al verlo aparecer, indemne y poderoso, entrando con paso firme en la plaza pudo más que su prudencia.

Cuando Teseo la vio acercarse, corriendo hacia él con una enorme sonrisa, creyó que los ojos se le salían de las órbitas, pues detrás de ella, en los tejados de la zona norte, una figura



Los atenienses combatían juntos sintiendo que eran hijos de una misma ciudad.

negra pareció levantarse. Con un gesto de horror, el rey miró al cielo y al arco que dibujaba la flecha que se cernía con su mortal trayectoria sobre su esposa.

—¡Antíope! —gritó, desgarrado. No le dio tiempo a avisarla. La punta de la flecha se hundió en la espalda de la amazona.

Nada más caer en los brazos de Teseo, la dicha que había en los ojos de Antíope se transmutó en tristeza. Con un alarido, el héroe la acogió en su pecho, pero ya no pudo hacer nada por salvarla. El rubor de su boca se tornó en una mancha carmesí. Así, atravesada por una flecha, a escasa distancia de los labios de su amado, Antíope exhaló su último aliento y su alma voló al mundo de las sombras.

Intentando recuperarla con desesperación, el rey le arrancó la flecha de la espalda, pero ya era tarde. Los ojos de la amazona no volvieron a recuperar el brillo de la vida. Teseo se tragó sus gritos y, alzándose con su esposa en los brazos, ordenó acabar con el último enemigo, mientras uno de sus soldados lo protegía con su escudo. Con la frialdad de los héroes, apretaba contra sí el cuerpo ya sin vida de la amazona y miraba sus ojos petrificados. La suave piel que tanto había besado, que tantas veces había recorrido con sus manos, iba adquiriendo un tono ambarino, trágico. Le quitó el casco, le acarició el pelo y la besó en los labios, notando el sabor salado de sus lágrimas mezclado con el gusto metálico de la roja sangre. Como en aquella ocasión en la que se habían abrazado por primera vez, las últimas flechas de la batalla sobrevolaron las cabezas de los dos amantes.

3

LA LUZ DE LA AMISTAD

Como todos los días en las últimas semanas, Teseo vagaba como una sombra por las estancias de palacio, cuando uno de sus esclavos entró en la sala. Al abrir la puerta, el sirviente observó, dispuesta sobre la mesa, la comida que había traído hacía unas horas. Las manzanas seguían brillando en el plato, las nueces continuaban intactas con su cáscara, la cuchara de la miel permanecía limpia en su sitio y la jarra de vino aún estaba tapada por el paño que lo mantenía fresco. Teseo, como venía siendo habitual, ni siquiera los había tocado.

Con cierto temor, pues el rey no se había dirigido a ninguna persona a lo largo de varios días, el sirviente se atrevió a informarle de que una delegación de Eleusis había llegado al palacio. Se fijó en los ojos de Teseo, hundidos en las cuencas como si de un pozo se tratara, y esperó a que su mirada volviese al mundo y le diese alguna orden. Pero nada de eso ocurrió. Sin apenas moverse del trono en el que permanecía sentado, el

rey hizo un gesto con la mano para que cerrara la puerta y lo dejara solo. El sirviente recogió la comida y abandonó la sala.

Quienes lo conocían y trataban a diario habían creído siempre que Teseo sería capaz de vencer cualquier obstáculo, cualquier oponente, cualquier conflicto, sin embargo veían ahora que era incapaz de superar la pérdida de su amor. A algunos les costaba entender que la desaparición de una mujer bárbara, venida de un mundo tan distinto al suyo, hubiera dejado al rey tan desvalido, pero otros consideraban que aquel dolor hacía a su rey más humano, y, con ello, todavía más magnífico, más glorioso.

Quienes se oponían a sus reformas, los eupátridas, creyeron que había llegado su momento y, aprovechando la indolencia del monarca, pasaron a la acción. Día y noche se reunían en conciliábulos secretos y trataban de encontrar el momento, la ocasión propicia para empezar a desmontar todas las reformas de aquel rey melancólico que los había despreciado, arrancando de sus manos un poder inveterado, heredado por los conductos de la costumbre de sus antepasados, a quienes Teseo había despreciado y ofendido, relegando al olvido su sagrada influencia. Para muchos de aquellos eupátridas resentidos, el hijo de Egeo era un traidor y un impío a quien, tarde o temprano, había que detener.

Jenócrates y Céfiro, dos de los oponentes que gozaban de mayor fortuna, aunaron sus fuerzas contra el rey. Reunidos en el atrio de la casa palaciega del primero, tramaron la forma de quitar de en medio al incómodo monarca. Mientras disfrutaban de un odre de vino que había traído un sirviente, cavilaron la mejor fórmula de volver al pueblo de Atenas en contra de Teseo.

—Lo más efectivo será demostrar que sus leyes traen la desgracia a esta tierra —dijo Jenócrates.

—Pues entonces no hará falta más que difundir esta idea: ¿quién sino Teseo ha sido el causante del fin de la paz en la ciudad de Atenas en este indecente baño de sangre? —afirmó burlonamente Céfiro antes de alzar su copa para brindar con su amigo.

Así, ambos confabularon que aquel era el momento más adecuado. Abatido el rey por la muerte de su esposa, lo acusarían ante el consejo de ser el culpable de que las calles de Atenas aún tuvieran salpicaduras de sangre. ¿Acaso sus leyes no habían hecho ateniense a una extranjera como Antíope? ¿Y acaso no había sido esta la causa de que cientos de amazonas se aliaran con los escitas y atacaran la ciudad convirtiéndola, tras años de paz, en un campo de muerte y destrucción? El peligro que conllevaban las decisiones de Teseo se había hecho patente al demostrar que los enemigos de Atenas no dudaban en aliarse contra ella. El rey resultaba un peligro para el pueblo.

—Por el bien de esta ciudad —dijo Jenócrates tras apurar su copa—, Teseo debe desaparecer.

∞

En los días que siguieron a la muerte de Antíope, Atenas se vistió de luto y el trasiego que acompañaba siempre a la ciudad pareció detenerse para dejar paso al silencio. En el puerto, los comerciantes descargaban las mercancías en medio de la lluvia sin apenas hablar más de lo necesario para su labor, y los carros se abrían paso entre el fango sin que nadie se quejara en voz alta. Aquí y allá los mozos repetían una y

otra vez los mismos movimientos: bajaban y subían pesados fardos empapados y, como un ejército de mudos, cumplían su labor sin rechistar y sin hacer ruido, dejando en el ambiente un aire de paz y melancolía que se extendía lentamente, como una gota de aceite en el agua. De repente, algo rompió el silencio que inundaba el puerto: una pila de cajas amontonadas cayó al suelo y provocó un gran estruendo que sobresaltó a los trabajadores. Mientras varios comerciantes se afanaban en recoger las frutas que rodaban por el suelo, uno de ellos levantó la mirada hacia la ciudadela y vio cómo las nubes se cernían sobre el palacio de Teseo. Parecía como si la aflicción y la tristeza se hubieran impuesto en el reino.

La inmensa mayoría de los ciudadanos sintió como suyo el dolor de su rey. En el interior de cada casa, la gente común se compadecía sinceramente al ver a Teseo golpeado de nuevo por los infortunios del amor. En el palacio, sus más allegados habían creído que la expedición contra las amazonas había dado al rey la oportunidad de saciar su naturaleza de héroe aventurero y, a la vez, de encontrar en Antíope la oportunidad de superar los desgraciados sucesos que lo habían llevado al trono.

Tiempo después de la muerte de su esposa, el ánimo de Teseo seguía quebrantado. Solo encontraba consuelo jugando con Hipólito en una de las estancias de palacio, sin embargo, su alegría no podía ser plena a su lado, pues, tarde o temprano, el recuerdo le acababa acuchillando por la espalda. El niño, cuyos ojos negros eran iguales a los de su madre, había crecido con fuerza y su padre se sentía orgulloso.

A menudo Teseo lo sostenía sobre sus hombros o lo cargaba a su espalda, simulando ser un león, y el pequeño

Hipólito imitaba al forzudo Hércules. En esos momentos también la nostalgia asaltaba al rey, que volvía a sentir un anhelo de viajes y camaradería con bravos compañeros. Hipólito lo agarraba del cuello con sus pequeños brazos y simulaba vencer a una gran bestia y él se dejaba hacer: rodaba por el suelo, aullaba como un lobo y fingía morir a manos de su hijo, en cuyo rostro, e incluso en cuyos gestos, veía cada día más claramente a su madre. Él era, sin duda, el único motivo que lo ligaba a aquella tierra que comenzaba a detestar, a aquellos ciudadanos que empezaban a revolverse en su contra y a criticar las leyes que hasta entonces habían alabado.

El día que Hipólito partió al sur, rumbo a Trecén, la misma ciudad en la que él mismo se había criado, Teseo acompañó a la comitiva hasta el lugar en que el camino del puerto se desvia hacia el oeste, rumbo al istmo de Corinto. Con la mano en la frente a modo de visera para evitar que la luz del sol lo cegara, se quedó solo, de pie, hasta ver cómo el carro de su hijo se perdía en el horizonte. Era consciente de que Hipólito era el único recuerdo que le quedaba de tiempos mejores, pero, al mismo tiempo, sabía que solo alejándolo él podría combatir más fácilmente su dolor. Además, el muchacho recibiría en Trecén, junto a su buen amigo Piteo, una mejor formación de la que él jamás le podría dar.

Se quedó largo tiempo parado en medio del camino aunque la comitiva había desaparecido hacía un rato. ¿Qué hacer a partir de entonces? Sentía ganas de correr detrás de su hijo, pero también de huir en la dirección contraria. Con gusto se hubiera alejado de todo. Pero el peso de la obligación contraída con su pueblo podía más que sus deseos.

Cuando regresaba a la ciudad, fue interceptado por un mensajero que llegaba a todo galope desde el puerto. Este se bajó del caballo delante del rey y, sin poder ocultar su excitación, le anunció que un barco estaba en esos momentos atravesando la bocana. Teseo lo miró con un gesto de cansancio, extrañado por la urgencia de una noticia que parecía irrelevante.

—En su gran vela lleva pintado el símbolo de Minos.

Teseo permaneció un instante en silencio. De nuevo Minos, de nuevo Creta, de nuevo el recuerdo de su victoria más famosa y más amarga.

—Bien —dijo al fin—. Veamos qué quieren decirnos los cretenses.

Todo estaba preparado en la sala del trono de palacio. Teseo, sentado sobre el único sitial con respaldo, se hallaba rodeado por sus consejeros, que ocupaban dos bancadas de piedra adosadas a la pared. Era una sala no muy grande, austera, decorada muy someramente; ningún ornamento, ningún lujo distraía la atención de quienes debían reunirse allí a deliberar con el rey.

Tres heraldos cretenses entraron en la sala siguiendo a uno de los consejeros del rey. Vestían ropas minoicas, que dejaban los torsos al descubierto, y en sus brazaletes y grebas Teseo contempló de nuevo el emblema de Minos. Cuando estuvieron delante de él, los tres hombres inclinaron levemente sus cabezas y mostraron su respeto permaneciendo en silencio, esperando pacientes a que el rey tomara la palabra.

—Bienvenidos a Atenas —dijo Teseo secamente—. Espero que el viaje no haya sido demasiado duro. Decidme qué queréis y podréis retiraros a descansar antes de regresar a vuestra patria.

Los heraldos alzaron los rostros. Uno de ellos, el que parecía de más edad, tomó respetuosamente la palabra.

—Deucalión, el hijo de Minos, nuestro rey, nos envía en misión de paz para proponerte una alianza entre su reino y el tuyo. En el pasado fuimos enemigos, pero nuestro soberano está convencido de que debemos garantizar que, en el futuro, eso no vuelva a suceder.

Teseo escuchaba con atención, sorprendido por la declaración del heraldo. Sin decir nada, hizo un leve gesto con la mano, invitándolo a seguir hablando.

—Una alianza garantizará un futuro prometedor para nuestros dos reinos y, para sellarla, Deucalión te ofrece en matrimonio a su hermana Fedra.

Por un momento el silencio envolvió la sala. Teseo quedó petrificado ante las palabras del embajador cretense y un torbellino de imágenes recorrió su mente. «Fedra», pensó, «hija de Minos, hermana de Ariadna». En un instante aquella oferta de Deucalión le abría la posibilidad de reparar su culpa, de desechar para siempre la imagen de Ariadna abandonada, de poder reconciliarse con su propio pasado. No solo se trataba de una alianza provechosa para su reino, era, sobre todo, la oportunidad de reparar un acto cobarde que lo perseguía implacablemente.

Una sonrisa sincera se dibujó entonces en el rostro de Teseo. Se levantó, miró a los ojos del heraldo y habló, dirigiéndose a los tres:

—La propuesta que me dirigís me complace y me honra, pues da testimonio del respeto que vuestro rey tiene por mí. Ahora bien, para corresponder haciéndoos un honor comparable, es necesario que reflexione atentamente sobre ella.

Os ruego que regreséis dentro de un par de días. Entretanto, visitad la ciudad, disfrutad del vino y de las muchas bellezas de Atenas. Daré orden de que seáis bien acomodados.

Teseo contempló la posibilidad de huir de Atenas. En aquel momento hubiera aceptado cualquier misión que lo alejara de allí, por arriesgada o incluso suicida que esta fuera. Pero de nuevo el peso de la obligación con sus ciudadanos, a los que debía un respeto jurado a su padre, pudo más que su deseo de escapar en busca de hazañas. La oferta de los cretenses aseguraría la paz en un vasto territorio y garantizaría el progreso y la felicidad de su pueblo. Y, tal vez, aquella boda que ahora los dioses ponían en su camino le serviría para acabar con alguno de los fantasmas que lo acompañaban desde hacía tiempo. Sí, quizá aquel enlace disiparía por fin la imagen de Ariadna, que, a pesar de los años, aún aparecía en sus sueños, atada con su hilo infinito, como un eterno reproche.

Regresados los heraldos al cabo de unos días, Teseo se dirigió de nuevo a ellos:

—Decidle a vuestro rey que acepto la alianza entre nuestros reinos. Tomaré a Fedra como esposa y sellaré con este matrimonio mi compromiso sincero de unión y paz con el reino de Minos. No habrá más enfrentamientos entre Creta y Atenas. No habrá más guerras. Juntos podremos proporcionar a nuestros súbditos mucho más de lo que nunca podríamos darles por separado.

Entonces el heraldo miró por primera vez al rey. Dibujó una sonrisa contenida y habló despacio:

—La princesa Fedra nos ha acompañado en este viaje. En estos momentos está en las habitaciones de las mujeres, deseosa de conocer tu respuesta.

Teseo salió inmediatamente de la sala del trono. Aunque se lo negaba a sí mismo, pues su corazón todavía estaba lastimado, sentía curiosidad por conocer a Fedra, de comprobar si, al verla, podría hacer desaparecer su terco y obstinado fantasma.

Cuando la vio, su pulso se detuvo. Por un momento creyó que la vida huía de su cuerpo y un sudor frío, helado, brotó incontenible de su frente. Ante él, como si se sintiera aplastada por la decisión que su hermano había tomado por ella, Fedra estaba quieta, sola, desvalida. Teseo se acercó a ella y le levantó con la punta de los dedos el mentón, descubriendo su rostro lentamente y sintiendo en su interior el latigazo del recuerdo de Ariadna: tenía la misma cara, los mismos ojos, la misma mirada melancólica. Acarició sus mejillas, tomó su rostro entre las manos, enmarcando con ellas su mentón rotundo, ancho, hermoso y, por un instante, creyó que los dioses le tendían la mano nuevamente.

—Serás mi esposa, Fedra. Compartirás mi reino; te entregaré mi casa y mi vida, velarás mi ausencia y me darás hijos. Yo te prometo una paz que irá mucho más allá de la alianza entre tu patria y la mía, y que perdurará mientras dure mi propia vida.

Fedra asintió en silencio, percibiendo la angustia velada, el íntimo dolor que latía todavía en el alma de Teseo. Cuando él la besó, ella no sintió nada: abrió la boca, percibió los labios de Teseo sobre los suyos y notó que la lengua del que habría de ser su esposo se deslizaba en el interior de su boca como un reptil entrando en su guarida.

◊◊◊

Atardecía sobre la llanura de Maratón. Teseo, en compañía de algunos de sus mejores hombres, montaba guardia parapetado

en la cima de una de las colinas circundantes. Un denso bosque de olivos ocultaba su presencia y tranquilizaba el espíritu fogoso de los caballos, que piafaban nerviosos presintiendo la acción.

Hacía días que ladrones desconocidos habían conseguido robar algunas cabezas de ganado de propiedad real y Teseo estaba decidido a dar con ellos. Los bandidos habían actuado con insistencia, a plena luz del día, como si estuvieran desafiando al propio rey con aquel acto hostil dirigido contra su ganado. Todos sabían, además, que en aquella llanura Teseo había realizado una de sus hazañas más notables, enfrentándose al toro de Maratón, la terrible bestia que asolaba los campos y corneaba con saña a todo aquel que se cruzara en su errático camino.

El rey esperaba el momento de poder sorprender a aquellos atrevidos ladrones, pues, sin duda, perseguían un objetivo que, en esos momentos, él era incapaz de comprender. El sol estaba en la cima del cielo cuando unas sombras comenzaron a temblar en el horizonte. Desde el lugar en que se encontraba Teseo, parecían siluetas de aves abrazadas por la niebla, trémulas, deslizándose como ondas por un horizonte abrasado por el calor del sol.

A una señal, todos montaron en los caballos, permaneciendo ocultos tras los árboles, esperando. En unos instantes, la silueta de los bandidos comenzó a dibujarse con precisión sobre el perfil de la llanura y Teseo comprendió que no se trataba de vulgares ladrones de ganado: montaban hermosos corceles tesalios, briosos, grandes, que hacían honor a su fama. Sobre sillas de montar perfectamente tramadas, los jinetes vestían ropas de soldado. Al frente del grupo cabalgaba

un hombre que, por su aspecto, sus vestiduras y el asiento que ocupaba sobre el lomo de su espléndido caballo, parecía formar parte de la realeza tesalia.

Espoleado por la curiosidad y por el ansia de oponerse a aquellos extraños bandidos, Teseo apretó sus piernas sobre los ijares del caballo y emprendió un rápido galope. Sus hombres lo siguieron. Mientras la distancia entre los dos grupos de jinetes se acortaba, Teseo observaba, calibraba, procesaba las razones que podían llevar a aquellos hombres a enfrentarse con el rey de Atenas por el robo de ganado.

El encuentro se produjo en medio de la llanura: a un lado, los bosques; al otro, el mar. Cuando ambos bandos frenaron sus caballos, Teseo avanzó despacio hacia el hombre que parecía un rey. Entonces vio la marca real de Atenas sobre la grupa de su montura.

—El caballo que montas me pertenece —dijo Teseo sin preámbulos.

El jinete esbozó una sonrisa y comenzó a hablar mirando directamente a los ojos de Teseo. En su voz no había temor, ni arrogancia, hablaba con calma y seguridad, sintiendo a su espalda la presencia de sus hombres:

—¿No es costumbre en Atenas presentarse antes de entablar una conversación entre desconocidos?

Calló unos instantes, intentando dar trascendencia a las palabras que iba a pronunciar a continuación. Teseo guardaba silencio, sin hacer la más mínima concesión a la cortesía. Esperó, sin despegar la vista del rostro del extranjero y, cuando este se disponía a hablar de nuevo, le espetó:

—Nadie guarda ninguna regla de cortesía ante un vulgar ladrón de ganado, aunque lleve encima las ropas de un rey.

El extranjero pareció dudar un momento. La respuesta de Teseo lo había desconcertado.

—Mi nombre es Pirítoo y soy rey de los lapitas. No llevo puesto ningún disfraz.

—¿Y qué hace entonces un rey al frente de una cuadrilla de ladrones de ganado? ¿Tan necesitados estáis en Tesalia? Mi nombre es Teseo, rey de Atenas —añadió—. Tendrás que darme una buena explicación si quieres evitar el castigo que tú y tus hombres merecéis.

Pirítoo bajó los ojos y sintió no solo su propia duda sino también la de sus hombres.

—Esto no es un asunto de ganado, rey Teseo. Es un asunto de honor entre tú y yo.

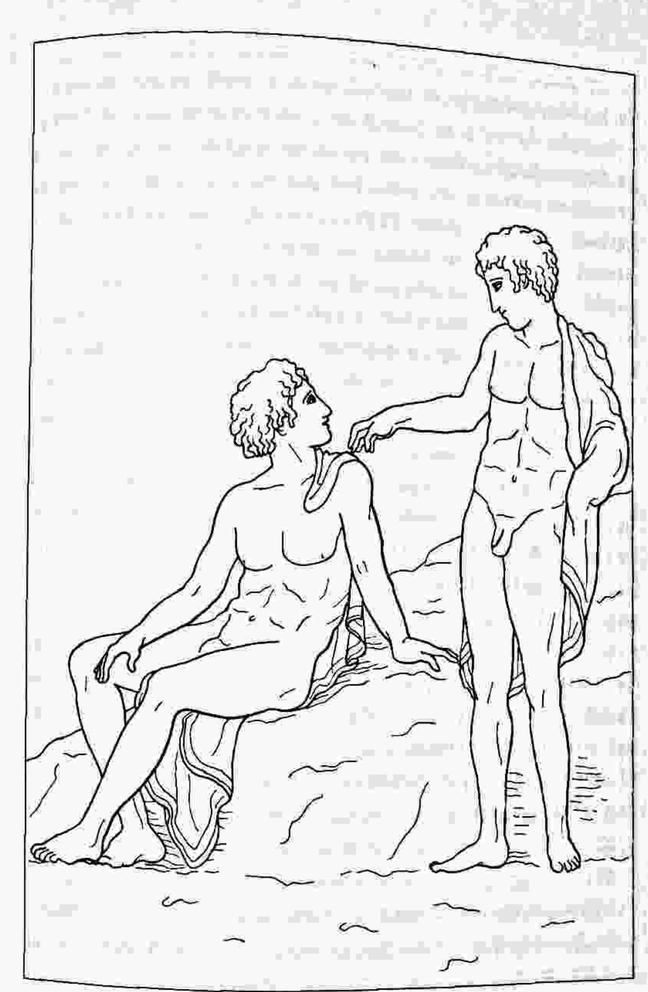
El rey de los lapitas descendió de su caballo y, observando con detenimiento el rostro de su oponente, continuó:

—Te devuelvo tu caballo así como te devolveré el resto del ganado, no te preocupes. Y cuando lo tengas de nuevo en tu poder, pagaré por cada cabeza, como si te las hubiera comprado a un precio justo. Ya te he dicho que el ganado no es el motivo de mi presencia en tus tierras, rey de Atenas.

Teseo guardó silencio de nuevo, tratando de escudriñar en el rostro de aquel hombre alguna pista que lo ayudara a comprender. Su rostro era amable, su porte, regio, en sus ojos no se percibía maldad alguna. Sin ser capaz de intuir lo que encerraban las palabras de Pirítoo, Teseo se dirigió a él con calma:

—Dime sin rodeos a qué has venido, rey de los lapitas.

Pirítoo había esperado durante mucho tiempo este momento. Había soñado con tener delante de él al gran Teseo, el héroe del que todos hablaban, sobre el que se componían poemas, del que los aedos narraban hazañas sin cuento tanto



Pirítoo había soñado con estar frente al gran Teseo, el héroe del que todos hablaban.

en los salones de los palacios como en las calles y las plazas de pueblos, aldeas y ciudades. Durante mucho tiempo había intentado discurrir la forma de poder enfrentarse al héroe de Atenas desafiándolo a un combate singular, obligándolo a reparar su honor manchado. Por eso había planeado el robo de las cabezas de ganado. Había creído que así Teseo no tendría otra opción que aceptar su desafío.

Mas ahora, ante las frías palabras de Teseo, su determinación se tambaleaba. Lo veía sobre su caballo y lo miraba desde una posición inferior, como si estuviera aceptando de antemano su derrota y comprendiendo la estupidez de su comportamiento, el desmesurado deseo de sentir que merecía más por su bravura que por su sangre reinar sobre el pueblo de los lapitas.

Su silencio alarmó a sus hombres, que habían secundado los planes de Pirítoo desde el primer momento. El viento de la llanura hería sus oídos, pero era incapaz de pronunciar una sola palabra. Entonces un hilo de energía, un fleco de vigor le dio fuerzas para hablar:

—Mi deseo era provocarte para que aceptaras un desafío. He oído las leyendas que se cuentan sobre ti, el relato de tus hazañas, y he venido a probar si eres verdaderamente el héroe del que hablan los poemas.

Teseo escuchó tales palabras sin mover un músculo. Descendió de su caballo, clavó su lanza en el suelo, al lado de sus grebas, y abrazó con la mano derecha el pomo de su espada.

—Aquí me tienes, rey de los lapitas. Ahora dime si tiene sentido que crucemos nuestras armas para satisfacer tu desmedido deseo de fama. Con gusto renunciaría yo a parte de la mía si con ello pudiera conseguir un poco de paz en el atormentado territorio donde libro las batallas contra mí mismo.

Teseo arrancó la lanza del suelo y el dúctil fresno resonó silbando en el silencio de la llanura. Miró con gesto torvo a Pirítoo y, dando a sus palabras el tono de un responso, le dijo:

—Pero si tanto deseo tienes de medir tus armas con las mías, comencemos de una vez.

Entonces los miembros de Pirítoo desfallecieron. No sentía miedo, no lo atenazaba la red de la cobardía, pero las palabras de Teseo se habían clavado profundamente en el sombrío pozo de su ánimo. Miró la imponente figura del rey de Atenas, vio cómo la luz del sol dibujaba su cuerpo sobre el horizonte de la llanura, oyó desde lejos el estruendo del mar y, de repente, se sintió pequeño, insignificante, una criatura orgullosa y desmedida que, en un instante, había sido desarmado por un sentimiento de respeto hacia el hombre al que, en su absurdo desatino, había venido a desafiar.

Aflojó la potente presión que sus dedos ejercían alrededor de su lanza y contempló cómo esta caía; oyó el golpe del fresno, notó el sonido de la madera al cimbrearse, el canto metálico de la punta de bronce, el silencio espeso al quedar inerte sobre el suelo; notó en las sienes el latido de su sangre golpeando las paredes del yelmo y sintió las gotas de sudor resbalando por su cuello, entrando en su espalda. No dijo una palabra; no hizo otro movimiento que dejarse caer de rodillas delante de Teseo, vencido, desarmado, conquistado para siempre por el hombre cuya gloria había pretendido emular.

Teseo se quedó atónito por unos instantes, pero también en su ánimo comenzó a librarse una batalla sin sangre, sin ruido de espadas de bronce, sin gritos de guerra o de dolor. Pirítoo, el rey tesalio, estaba arrodillado ante él con la cabeza inclinada, admitiendo la derrota en una batalla que ni siquiera se había

iniciado, con los ojos clavados en el suelo, con el dolor reflejado en cada rincón de su rostro.

—Levántate, rey —dijo Teseo en tono de paz.

Pirítoo miró a su contrincante, pero no se levantó.

—He venido hasta tu tierra tratando de desafiarte, celoso de tu gloria y de tu fama. Mas, al verte delante de mí —dijo al borde de las lágrimas—, un dios ha transformado por completo mis intenciones. No solo no te desafío, Teseo, aquí mismo, delante de tus hombres, de los míos, de ti y de mí mismo, juro por mi sangre que habré de servirte en lo que me ordenes, si me concedes la gracia de perdonar mi desvarío y aceptar mi eterna amistad. Los dioses no siempre se comportan de manera comprensible y, sin duda, el mismo dios que antes había confundido mi juicio, ha decidido restablecérmelo.

Teseo tomó de los brazos a Pirítoo, levantándolo del suelo. Deslizó sus manos hasta colocarlas sobre sus hombros, que apretó con fuerza, y habló de manera que todos los presentes oyeran bien sus palabras:

—No solo acepto de buen grado tu ofrecimiento, Pirítoo. Te prometo la misma fidelidad que tú me juras y deseo que mi amistad sea capaz de corresponder a la que tú mismo me ofreces con tus palabras.

Los dos hombres se quedaron mirándose sobre la llanura de Maratón y soltaron sus armas, que resonaron con fuerza al chocar contra el suelo.

4



El último viaje

Aquella noche, mientras el carro fúnebre se dirigía, rodeado de plañideras y atenienses, hacia el lugar donde se llevarían a cabo las exequias de Fedra, Teseo se sintió de nuevo un intruso, un solitario perdido en tierra de otros. Iba, como corresponde a los esposos, en la cabecera del duelo, rodeado por otros hombres, mientras las mujeres los seguían en dirección al lugar de las honras fúnebres, pero a él le parecía que estaba caminando por un sendero lúgubre y vacío, totalmente solo. Cuando llegaron al lugar sagrado, las lágrimas resbalaron por su rostro al ver que prendían la llama que reduciría el cuerpo de Fedra a cenizas. Hacía apenas un par de días que había tenido que despedir el cadáver de su hijo Hipólito.

Después de enterrar las cenizas de su esposa, tuvo lugar en palacio el banquete funerario. Cuando todos se hubieron marchado, Teseo sintió que las fuerzas lo abandonaban. Se sentó en su trono y observó a su lado el lugar correspondien-

te a Fedra, ahora vacío. En la quietud de sus adentros, de modo quedo, clandestino, maldecía a los dioses eternos, los perversos moradores de las mansiones celestes, por culpa de cuyos caprichos su vida topaba con la tragedia en cuanto lograba sentir la más mínima felicidad.

A medida que su imagen como rey se iba consolidando en la memoria de los atenienses y los demás habitantes del Ática, Teseo iba comprendiendo que su vida personal estaba completamente torcida. Por una razón u otra, las mujeres que habían significado algo en su vida habían terminado dramáticamente sus días, dejando en su alma una sensación de culpabilidad amarga. ¿Estaban condenados a fracasar todos sus intentos de ser feliz? Si tal cosa era cierta, entonces él era sin duda culpable, pues siempre volvía a intentarlo y, al hacerlo, arrastraba a la desgracia a quienes lo amaban. Quizá debería renunciar al amor y a la dicha, a todo aquello que cualquier ser humano desea y persigue, que da sentido a su existencia.

Sobrevinieron días amargos, grises y oscuros, como el duro invierno que se había abatido sobre la ciudad. Ni siquiera los ancianos recordaban tiempos tan negros y fríos, en los que incluso el mar parecía contagiado de tristeza. El cielo había perdido su luminosidad, la luna se mostraba apagada en la noche y las estrellas solo eran ascuas, rescoldos de hogueras a punto de morir. Teseo perdió las fuerzas para seguir enfrentándose a sus detractores que, aquí y allá, en las calles que rodeaban la palestra, en las gradas del teatro y en los rincones del ágora, extendían los rumores de que el rey arrastraba consigo el desastre y que, tarde o temprano, Atenas sufriría por su culpa. Un aire de temor y de desprecio hacia el monarca fue recorriendo la ciudad, al mismo tiempo que

Teseo sentía que menguaba la firmeza de su voluntad a la hora de seguir luchando por defender su obra de gobierno. Comenzaba a anhelar no haber tomado jamás como herencia el reino de su padre, haberse marchado en un barco, lejos de todo y de todos, dejando a otro el ingrato trabajo de lidiar con los desapegados atenienses.

Sintiéndose varado en aquella ciudad, en aquella tierra, salía a caballo al amanecer, intentando mitigar la angustia que iba minando poco a poco su alma; recorría la costa respirando el olor del mar, dejando que los rociones de las olas empaparan su rostro; deambulaba por los bosques cercanos todas las noches, sumergiéndose en su atmósfera oscura e irreal: aullidos de lobos, cantos de aves silenciosas cuyas siluetas vagaban por el cielo como sus propios fantasmas.

Solo lograba calmar su desazón en las habitaciones de Acamante y Demofonte, los dos hijos que había tenido con Fedra. Los observaba jugar, tristes por la muerte de su madre, pero ajenos a las muchas otras aflicciones que desgarraban a su padre. Bromeaban el uno con el otro, se peleaban por los juguetes de madera que su padre tallaba para ellos, corrían por las estancias de palacio, escondiéndose detrás de telas y tapices. Pero su padre ya no tenía fuerzas para perseguirlos. Cuando los contemplaba, lograba olvidar, pero solo por un momento, pues a menudo, en una palabra o gesto de los niños, veía a su esposa. Entonces no podía evitar recordar el terrible dolor de su esposa, que, atrapada en una situación imposible, había resuelto quitarse la vida. En lugar de sentir enojo, era compasión lo que albergaba en su corazón por aquella mujer que, arrancada de su patria para ser la esposa de un rey extranjero, nunca había dibujado en su rostro un gesto de reproche.

Perdido en ese océano de sentimientos encontrados, Teseo recibió cierto día otra infausta noticia: Hipodamía, la esposa de su amigo Pirítoo, también había fallecido.

◇◇◇

Cuando Pirítoo entró en los aposentos privados de Teseo, el rostro del rey se llenó de luz. De pronto el invierno le pareció menos oscuro. Corrió a su encuentro como un enfermo corre hacia el hombre que trae el remedio de su mal y, cuando lo tuvo delante, se fundió con él en un abrazo desesperado.

—Oscuros son los designios que los dioses guardan para nosotros —dijo Teseo.

Pirítoo lanzó un suspiro.

—Viejo amigo —susurró.

Habían vivido buenos momentos juntos y solo el hecho de estar de nuevo reunidos los reconfortaba. Por trágicas que fueran las circunstancias, su reencuentro siempre les devolvía la dicha. Teseo lo invitó a sentarse y escanció vino para los dos. La estancia era pequeña y estaba caldeada por un hogar alrededor de cuyo calor se recogieron a beber.

—No puedo ya vivir como un rey útil en este palacio helado —dijo Teseo—, peleando por hacer medrar el reino contra la voluntad de su propia gente, que, en el fondo, no sabe quién soy. Mis días aquí son parecidos a una muerte lenta.

Pirítoo se sintió estremecido por el desánimo del ateniense y se agitó en su asiento:

—Cierto es que no tenemos el vigor de antaño, pero aún somos capaces de sentir la emoción de una gran empresa. ¿No acelera tu corazón la idea de que dejemos por un tiempo nuestros reinos para lanzarnos a una nueva aventura?

Pero, escúchame bien, Teseo: si de tal modo lo hiciéramos, tendríamos que proyectar la aventura de nuestras vidas, una hazaña tan memorable que se volviera materia del canto de los aedos, porque estamos ya en la madurez de nuestras vidas y hay posibilidades de que este fuera nuestro último viaje.

Teseo miraba a su amigo, que parecía poseído por un entusiasmo irreprimible.

—Salgamos a caballo —dijo.

Pirítoo apuró su copa y se alzó al instante.

Cabalgaron al galope en dirección a la costa, felices de sentir el viento en el cuerpo, rivalizando sin decirlo por ser más veloces que el otro. En el puerto, contemplaron el trasiego de navíos entrando y saliendo, estibadores cargando bultos y mercaderes discutiendo precios. Allí les sorprendió la lluvia, pero, en lugar de buscar refugio como todos los demás, montaron de nuevo. Admiraron el mar embravecido al filo de un acantilado, azotados por el viento, que les empujaba hacia una brutal caída. Disfrutaban del vértigo como de una sustancia narcótica, pues no les causaba pánico, sino placer.

Como no amainaba la tormenta, sino que descargaba ya su aparato de rayos y truenos, acercándose desde el mar, fueron a guarecerse en un templete cercano dedicado a Poseidón. Allí compartieron el odre de vino, que no habían olvidado llevar consigo. Recuperando el calor en el cuerpo, después de un largo trago, Pirítoo devolvió el vino a su amigo y dijo:

—Los poetas cantan que eres hijo del señor del mar, quien ahora nos cobija. Así lo demuestran tu coraje y tu nobleza. Algún loco he oído que asegura que yo mismo no soy hijo de Ixión, sino de Zeus omnipotente. Pero ¿cómo puedo creer eso? Si así fuera, mi suerte no corre pareja a la de mi padre.

—No seas blasfemo —dijo Teseo, no hablando del todo en serio, justo antes de beber.

—Ahora bien, considéralo por un momento: supón que fuera cierto, que somos hijos de dioses. Tal vez por eso nos han arrebatado nuestros padres las mujeres que hemos escogido, porque son otras las que deben estar a nuestro lado.

Teseo no se sentía cómodo con las palabras de su amigo:

—Si fuera como dices, nos han causado pesadumbre innecesaria para forzar el cumplimiento de sus designios. No quiero pensar que las mujeres que he conocido y amado, que he llorado cuando las he perdido, no eran dignas de mí.

—¿Quieres morir solo y que las únicas veladas cálidas sean las que te procure la embriaguez? Yo no, viejo amigo. Yo pretendo buscarme de inmediato otra esposa, una mujer extraordinaria, cuyo honor se corresponda con los de mi reino y mi casa, magnífica como las gestas que tú y yo hemos realizado, soberbia como los cantos que compartirá conmigo.

A Teseo le maravillaba la petulancia de su amigo, que era indisociable de su bizarría, por lo cual era imposible estimarle por una sin aceptar la otra. De común, se divertía dándole pábulo, aunque no había sido extraña la ocasión, en sus tiempos de correrías, en que esta les había metido en problemas.

—¿Existe en el mundo esa hembra excelsa o habita únicamente en tu cabeza? —preguntó Teseo divertido.

—¡Ya lo creo! —exclamó el otro—. ¡Mis ojos la han visto! ¿Has oído hablar de Helena, la hija de Tindáreo de Esparta?

El rey de Atenas se quedó en silencio. Ciertamente, había oído de ella. Se decía, asimismo, que era hija de Zeus y de Leda, la esposa del rey de Esparta, de modo que Tindáreo era solo su padre putativo. Era todavía muy joven, de apenas doce



Según aseguraba Pirítoo, los poetas cantaban que Teseo era hijo del señor del mar.

años, sin embargo pasaba ya por ser la doncella más hermosa que caminaba sobre la anchurosa Tierra y la leyenda de sus gracias se había extendido ya por los más importantes reinos.

—Es una niña. No está todavía en edad núbil —dijo Teseo.

—Viejo amigo, tienes que verla. Esa es la esposa que quiero. Ven conmigo a Esparta a conocerla. Si su visión no despierta tu deseo, es que es leche lo que corre por tus venas. Mejor para mí. ¿Me ayudarás a llevármela por el medio que sea?

A pesar de la dudosa nobleza de la hazaña, Teseo sintió la emoción del desafío, aunque no pensaba tanto en aquella niña sino en truncar las pretensiones de Pirítoo superándolo, pues aquel compañero era también su más enconado rival.

—Si tanto vale esa muchacha, ¿esperas que te la ceda sin más? Muy bien, vayamos a Esparta y ya veremos quién de los dos la hará su esposa.

Rápidamente vio Pirítoo que su propuesta había despertado el apetito de su amigo, cuando él solo pretendía su ayuda, y temió perder lo que ambicionaba.

—No podemos poner la misma esperanza en esta aventura, pues así la frustración del perjudicado estaría asegurada.

Teseo se dio cuenta de que su amigo tenía razón. ¿Cómo soportaría el perdedor, viéndose viejo y solo, contemplar la felicidad de su amigo, que él mismo le ayudó a conseguir? Lo cierto era que, si consideraba la posibilidad de emprender ese último viaje, no era tanto por ansia de gloria sino porque no quería envejecer en solitario. Entonces le dijo a su amigo:

—En favor de preservar nuestra amistad, deberíamos establecer primero un pacto de honor: aquel que consiga a Helena no sufrirá el despecho del otro.

Pero Pirítoo tenía una idea mejor:

—No es necesario que uno de los dos salga perjudicado. Que el pacto sea mutuamente beneficioso: quien consiga a Helena ayudará al otro a encontrar otra mujer que se le pueda comparar.

Sonrió Teseo complacido por la propuesta final, no porque le pareciera razonable o creyera que, ciertamente, era al modo de satisfacer las necesidades de los dos, sino justamente porque era tan propio de su amigo pensar que, después de superar un desafío absurdo, tendrían que ir a superar otro igual, que no podía resistirlo. Aunque nunca llegara a nada y quedara solo como una tonta correría, seguro que los distraería durante un tiempo y les daría nuevo vigor. Alzándose, el rey de Atenas anunció que aceptaba y quiso que hicieran allí mismo el juramento solemne. Invocando al mismísimo soberano celestial, Zeus omnipotente, como testigo, se prometieron el uno al otro lealtad incondicional en aquella empresa, sin saber que con ese gesto firmaban su destino y que era un destino funesto.

◇◇◇

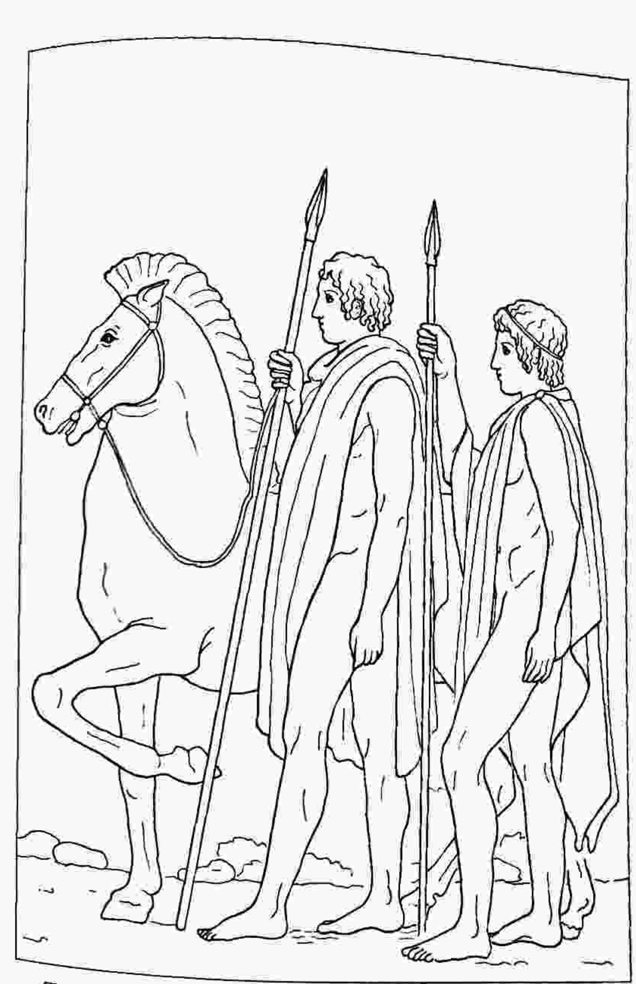
Esparta se encontraba engalanada aquellos días, pues se celebraban las fiestas en honor a la diosa Ártemis. Aquí y allá, en calles y plazas, colgaban un sinfín de guirnaldas de flores. Los cuernos de caza sonaban en alusión a la divinidad y la música alegre invadía cada rincón.

Durante varios días, Teseo y Pirítoo habían acechado las entradas del palacio real, disfrazados con mantos de viajero. Eran Tindáreo y Leda amados por su pueblo y no temían prodigarse entre él. Los acompañaban a menudo sus muchos hijos, entre los que destacaban Cástor y Pólux. Se parecían

extraordinariamente entre sí tanto en figura como en temperamento, aunque, decían los rumores, Cástor era hijo del rey mientras que Pólux era hijo de Zeus, del mismo modo, respectivamente, que Clitemnestra y Helena. Inseparables, irradiaban belleza y gracia y —comprobaron los espías— tenían inclinación a la alegría y a la caritativa bondad. Teseo temió tener que enfrentarse alguna vez con tan espléndidos jóvenes.

Como Helena todavía era muy niña y su hermosura se había hecho célebre, su familia le prodigaba un especial cuidado. Jamás la vieron los espías salir del palacio a pie o descubierta. Por ese motivo, al llegar las fiestas, pensaron que tal vez podrían aprovechar la relajación del ambiente para llegar hasta ella. Así sucedió a la tercera jornada, cuando finalmente Helena salió acompañada de sus sirvientas y muy pocos guardias. Llevando sus caballos de las riendas, se unieron a la procesión de ciudadanos que se iba formando tras la comitiva. El rey de Atenas intentaba verla mejor, pero le era imposible entre el gentío. A medida que se prolongaba el camino, veían los conspiradores que se alejaban del palacio, del ágora y de los templos del centro de la ciudad. Parecía que se dirigían a una de las puertas. Los dos amigos se miraron. ¿Sería aquella la oportunidad que esperaban?

Sus esperanzas se confirmaron: la columna de gente salió a las afueras hasta llegar a un templo consagrado a Ártemis. Allí los ciudadanos rodearon la escalinata, arriba de la cual una sacerdotisa hacía humear un trípode. Helena ascendió los pocos escalones junto a un flautista. Cuando Teseo la vio claramente se quedó sin aliento. Vestida con un ligero peplo bajo el que relumbraba su piel sonrosada, mostraba unas formas harmoniosas que se movían con desenvoltura. Los dorados



Teseo temió tener que enfrentarse alguna vez a aquellos espléndidos gemelos.

bucles de su cabello, cayendo en desorden sobre sus hombros, refulgían con el brillo de la cebada y adquirían según la luz tonos rojizos. Los labios, de un rubor carnoso, despertaban un deseo inapelable de besarlos. Pero eran sus ojos, por encima de todo, lo que enloquecía a quien la miraba: cristalinos como un manantial nacido en primavera, desprendían una intensidad que atravesaba el alma, que le hacía a uno sentirse incapaz de nada en el mundo más que seguir contemplando esas luminarias en las que se asomaba el universo entero. Cuando alcanzara la edad adulta, pensó Teseo, aquella jovencita no del todo madura sería digna rival de Afrodita.

Los dos amigos la observaban extasiados mientras ella efectuaba el ritual en honor a la diosa a la entrada del templo. Con una elegancia cautivadora, Helena saltaba y danzaba al son de la flauta mientras lanzaba al aire pétalos de flores. Después, se situó junto a la sacerdotisa mientras los ciudadanos subían la escalinata uno tras otro portando sus ofrendas. Saliendo de su embeleso, Teseo pudo ver que los guardias se habían desperdigado entre la gente. Entonces llamó la atención de Pirítoo para llevárselo a un aparte. Se quitó el manto y las armas, le entregó las riendas de su caballo y luego revolvió en su zurrón y tomó en las manos abiertas algunos alimentos a modo de ofrenda. Una sola mirada bastó para que los hombres se entendieran.

La hilera de oferentes iba ascendiendo por la escalinata. Los espartanos llevaban frutos silvestres, animales de caza y estatuas votivas a la diosa virgen Ártemis. Entre ellos iba Teseo, un viajero desgreñado, maduro de edad pero de porte gallardo, que ofrecía un odre de vino, almendras y unas cuantas uvas. Intentando parecer humilde y ensimismado, iba en realidad echando ojeadas a la situación exacta de los

guardias y a la hermosísima Helena, situada en lo alto de la escalinata. Cuando estuvo arriba, esperando su turno, con la muchacha apenas a unos pasos, dirigió la mirada a su amigo. Fue la señal que Pirítoo necesitaba.

Golpeó el rey de los lapitas el trasero del caballo de Teseo, que, relinchando con gran escándalo y levantándose sobre los cuartos traseros, se lanzó sobre el gentío, el cual se apartó con espanto. Viendo el caos que se causaba abajo, que concentraba todas las miradas, Teseo tiró su ofrenda a un lado y, abalanzándose sobre Helena, la rodeó con los brazos, la levantó del suelo y se la echó sobre los hombros como si no fuera más que una ternerilla. No pasó desapercibido el asalto a los guardias de abajo, que ya se disponían a ir a su encuentro mientras él bajaba la escalinata. Sin embargo, no llegaron a ascender un solo peldaño, pues cayó sobre ellos Pirítoo a caballo, descargando su lanza a uno y otro lado, mientras la gente chillaba y se apartaba, presa del pánico.

Silbando para su montura una tonada familiar, Teseo logró que su animal le dejara coger las riendas. En su grupa tendió a Helena, que pataleaba y chillaba, y luego montó él al instante, mientras Pirítoo lo resguardaba con sus fieras lanzadas. Se lanzaron al galope tendido camino arriba entre gritos de júbilo, viendo que los guardias corrían tras ellos, aunque sin esperanza. Cuando la noticia llegara a la ciudad y saliera tras ellos la partida de rescate, los dos reyes convertidos en raptores confiaban en estar ya muy lejos de Esparta.

◇◇◇

Helena se despertó por las risas y los gruñidos enojados. Había perdido el sentido durante la larga cabalgata a causa del temor.

Intentó moverse y chillar, pero estaba atada y amordazada sobre un lecho de paja en una pequeña gruta. A la entrada, sus captores jugaban a los dados alrededor del fuego.

Una vez más lanzó Pirítoo los tres dados sobre el suelo de roca. El resultado, decepcionante, le hizo lanzar un rugido. Teseo, por su parte, tenía más suerte; lo había vencido ya varias veces. Así siguieron mientras la noche se alargaba, bebiendo y celebrando, ignorantes de los sollozos quedos de su desdichada cautiva. Finalmente, cuando la niña se había adormecido de nuevo, un clamor estrepitoso la volvió a despertar.

Pirítoo pateaba los maderos en llamas de la fogata, aullaba a las estrellas su descontento, mientras Teseo se reía a carcajadas del enojo de su amigo. A sus pies seguían los dados de su última tirada. Entumecida aún por su duermevela, percibió la bella Helena que aquel hombre afortunado se volvía hacia ella y su sonrisa se desvanecía. Aún no sabía quién era.

∞

Se había levantado un viento iracundo que parecía pronto a partir las ramas de los árboles y ululaba ominoso entre los palos sacudidos por las aguas de los barcos del puerto. Esperando la llegada de su amigo al abrigo del vendaval en el templete de Poseidón, Teseo se admiraba al advertir cuánto se parecía el tiempo de aquel día a la jornada en la cual, un año atrás, Pirítoo y él acabaron por un casual en ese mismo lugar. El rey de los lapitas lo había convocado allí y Teseo imaginaba el motivo.

Pirítoo llegó a caballo, con las ropas agitadas por la ventisca, desmontó y puso su montura a resguardo. Pronto se reunió con su amigo ateniense, a quien le pareció que traía el gesto alterado. Antes que cualquier otra cosa quiso saber sobre la

suerte de Helena, a la que había visto por última vez alejándose hacia Atenas sobre un caballo que, tristemente, no era el que el lapita hubiera querido. No la hallaría en la ciudad, le explicó Teseo. Juzgando con buen tino que los atenienses no aprobarían de ningún modo que su rey provocase una disputa con la poderosa Esparta por una cuestión de ese tipo, la había enviado al pueblo ático de Afidnas, donde Etra, su madre, la cuidaría con la máxima atención hasta que alcanzara edad casadera.

—En fin, buen amigo —dijo finalmente el de Atenas—, no carece de sentido que hayas querido encontrarme aquí, donde hicimos un juramento solemne, que no olvido.

—Sé que eres un hombre de honor y tú sabes yo que soy testarudo. He estado pensando mucho en nuestro pacto. ¿Qué mujer podría resarcirme de la pérdida de Helena? Tan notabilísima tendría que ser que parece que no puede haberla sobre la faz de la Tierra. Por esto debo preguntarte: ¿hasta dónde estás dispuesto a llegar para honrar tu palabra?

Teseo le puso la mano sobre el hombro:

—Duda no has de tener, noble compañero, de que iría contigo al fin del mundo si hiciera falta. Dime a quién quieres por mujer y juntos iremos a buscarla.

—Que a quién quiero por mujer... —repitió Pirítoo, volviendo huidiza su mirada—. No es una pregunta fácil. Durante meses intenté responderla sin éxito. Finalmente, pensé en consultar un oráculo de Zeus, a quien pusimos como testigo de nuestro juramento, pues deseábamos casarnos con una de sus hijas. Él me dio la respuesta.

—¿Y bien? ¿Qué te dijo el oráculo? —urgió Teseo, ansioso.

—Sus palabras fueron: «¿Por qué no visitas el reino de Hades y pides la mano de Perséfone? Hija más noble no tengo.»

Al oír a su amigo, Teseo se carcajeó con gran placer. Había pensado que hablaba seriamente, pero ahora se daba cuenta de que le estaba gastando una broma. Sin embargo, pronto cayó en la cuenta de que Pirítoo no reía con él, sino que se mostraba incómodo por las risas que había provocado su confesión. El ateniense dejó de reír. Pirítoo no dijo nada, sino que lo miraba a los ojos con aire grave. Teseo se enfureció entonces:

—¿Fuiste en verdad a consultar al oráculo?

—¡Fui a consultarlo y así fue como habló! —se defendió.

—Entonces ha sido Zeus el primero en reírse de ti.

—No esperaba esto de ti. Buscas ahora una excusa para faltar a tu promesa. Haz como veas, pero recuerda que yo sí honré las palabras que aquí se dijeron.

—¿Serías capaz de forzarme por pura arrogancia a una empresa absurda, digna de locos?

—Yo no te fuerzo a nada. Tú juraste, luego te obliga el honor. Ahora bien, si tú no crees que tal cosa te afecte, no esperes que el mundo piense lo mismo y que no se diga después que el rey de Atenas es un falsario, probablemente un cobarde.

Encolerizado, Teseo no quiso escuchar más. El tono de las acusaciones que se estaban cruzando se volvía tan odioso que no era posible que prosiguieran por ese camino sin acabar haciendo sonar las armas. Sin decir una palabra, el rey de Atenas montó en su caballo y lo puso al galope. Así lo vio alejarse el soberano de los lapitas con la rabia agitando su pecho, convencido de que, pese a los insultos que le había prodigado —que ya lamentaba—, Teseo era un hombre honorable que no prometía en vano.

5



El reino perdido

La boca del reino de Hades, el inframundo, despedía un vaho maloliente. Siguiendo las instrucciones siempre abstrusas de varios adivinos, habían alcanzado el último extremo del rocoso cabo Ténaro, y, allí, en el fondo de una caverna, hallaron el pozo de piedras blancas tapado con unas pesadas tablas encadenadas a las rocas que les habían descrito. Cuando apartaron las maderas, un tropel de murciélagos levantó el vuelo hacia el cielo, en medio de gritos despavoridos. Teseo y Pirítoo se acercaron a la boca del pozo. Era tan profundo que solo se entreveían, entre sombras y reflejos, algunos charcos de agua. Aunque al entrar habían dejado el cielo despejado y un sol fiero, se oyó un trueno brutal que retumbó en el pozo y a punto estuvo de derrumbarlo. Los dos se dieron cuenta de que el sonido no venía del exterior de la cueva, sino de las entrañas de la Tierra. Se separaron rápidamente de la abertura, con la duda en su ánimo.

De pie en el límite del mundo de los vivos y de los muertos, se miraron un instante en el cual los dos desearon que el otro actuara primero; ahora bien, cada uno deseaba una acción opuesta de su amigo: Pirítoo esperaba que el bravo Teseo —ansioso de gloria— diera el primer paso hacia adentro, mientras que Teseo confiaba en que su amigo, espantado, comprendiera la naturaleza de la locura que pretendía. Como ninguno reaccionaba, dijo Pirítoo:

—¿Dispuesto a consagrarte para siempre en el altar de los héroes eternos?

Teseo no respondió, sino que frunció el ceño a su amigo. Pirítoo volvió la vista a la fétida sima y se tomó otro momento para pensar, mientras el ateniense seguía mirándolo fijamente, como si la intensidad con que sus ojos se clavaban en él pudiera devolverle la razón. Sin previo aviso, el rey de los lapitas se lanzó hacia adentro. Su amigo lo vio perderse en la oscuridad, intentando mantenerse en pie mientras resbalaba por la pronunciada pendiente levantando una polvareda. El pozo lo devoró por completo. Todo era oscuridad y silencio allá abajo. El rey de Atenas refunfuñó:

—¡Orate!

Y tal diciendo, saltó tras él, pues no estaba dispuesto a dejarlo solo, por su honor, por amistad y en el fondo —aunque solo fuera un poco, teniendo en cuenta las circunstancias— por ese inapelable anhelo de gloria.

◇◇◇

Carne sajada por metal afilado, rebosando la sangre a borbotones; brazos que se estiran y se estiran hasta que se descoyuntan las articulaciones; huesos que se retuercen más allá del punto

de ruptura, hasta quebrantarse en cientos de astillas; hierro al rojo sobre la piel, sobre las plantas de los pies, sobre la lengua; un globo ocular que estalla por la presión y se deshace en una pulpa acuosa.

Asediados por imágenes atroces, los dos aventureros se despertaron el uno al otro con sus chillidos, tiritando de miedo y de frío. Se palparon todo el cuerpo en busca de las heridas que habían visto en el interior de su mente, que todavía creían sentir, pero estaban indemnes. Mirándose a los ojos y reconociéndose, llevaron su mano al hombro del otro: estaban pálidos y sudados. Habían perdido el sentido en algún momento de su caída por el pozo, que, unos metros más abajo, se había vuelto vertical por completo. ¿Cuántos días había durado su descenso? Era imposible saberlo. Se prolongaba y se prolongaba y ellos no hacían más que seguir cayendo durante tiempo y más tiempo. Sollozaron, gritaron, se llamaron el uno al otro durante horas sin recibir respuesta, hasta que, finalmente, el hambre y el cansancio los venció y ellos se dejaron llevar pensando con amargura que su aventura definitiva había acabado antes de empezar y, con ella, su tiempo en el mundo de los vivos.

Se hallaban en medio de un paisaje desolador de guijarros y tierra seca, bajo un cielo negro sobre el que flotaban nubes rampantes, cargadas de malevolencia. Un resplandor rojizo se alzaba en el horizonte.

—¿Estamos vivos o somos solo nuestras propias sombras? —preguntó Pirítoo con la garganta seca.

—¿Cómo saberlo?

Teseo se alzó y, con las escasas fuerzas que le quedaban, echó a andar hacia las luces lejanas.

Caminaron durante horas hambrientos y muertos de sed. A medida que se acercaban a las luces, llegaba hasta ellos el crepitar de un incendio monumental, el más extenso y fiero que jamás habían visto, y vieron que llovían sobre ellos pequeñas partículas. Teseo tomó una de ellas con las manos e intentó tocarla con la yema del dedo. Se deshizo, dejándole una mancha de tizne. Era ceniza. Miró a su amigo con preocupación:

—Jardines de llamas —dijo—. ¿Cómo hemos llegado tan lejos? ¿Cómo hemos atravesado la puerta que guarda el monstruoso can Cerbero? ¿Recuerdas que hayamos pagado el pasaje debido a Caronte, el barquero, para que nos llevara al otro lado de la Estigia?

Pirítoo no mostraba inquietud alguna, sino que era presa de una extraña excitación.

—¡Un dios nos ha prestado su ayuda! ¡Zeus omnipotente, tal vez, que quiere humillar a su orgulloso hermano! ¡El Olimpo está con nosotros!

Se apresuró hacia adelante redoblando el paso. Teseo vio su caminar titubeante, lastrado, como el suyo, por las privaciones que ningún ser humano puede soportar de modo indefinido. Estaban vivos, por lo tanto, aunque el rey no podía dejar de pensar que no parecía ayuda lo que recibían de los inmortales, sino que más bien estaban jugando con ellos.

Camino adelante, vislumbraron ya los primeros fuegos agitándose en busca del cielo oscuro. A cada paso, sentían un calor más intenso y tenían más dificultad para respirar. Empezó a correrles el sudor bajo los brazos, por las sienes y la frente, haciendo que les escocieran los ojos. Teseo ya no dudaba: no era prudente seguir, pero Pirítoo no aflojaba el paso. Poco a poco, fueron sintiendo que las ropas les quemaban la piel y

creyeron que el cabello les iba a estallar en llamas. Un intenso resplandor les impedía mirar directamente y tenían que entornar los ojos y taparse la vista con la mano. El de Atenas agarró a su amigo por el brazo, pero Pirítoo se desasió con violencia y señaló adelante. No sin dolor, vislumbraron que, en el centro de la barrera de fuego que se extendía ante ellos a modo de muralla, se abría un espacio vacío, una especie de puerta, perfilada por las flamas mismas, que, en su parte superior, se torcían de modo prodigioso para formar un dintel.

Habían llegado a la entrada de la mansión de Hades, el señor del inframundo.

El rey de los lapitas se rasgó la túnica para dejar su torso al descubierto y luego se cubrió la cabeza con él. Entonces se dispuso a caminar hacia la puerta incandescente. No pudo hacerlo. Teseo lo rodeó con sus fuertes brazos.

—¡No hay hombre alguno que resista este calor! ¡Caminas hacia una muerte segura!

Pirítoo se revolvió, pero, en su irresponsabilidad, no era consciente de que las fuerzas lo habían abandonado y que era poco más que un despojo. Al ver que no podía desasirse, se dejó caer rendido.

—¿Qué mejor lugar que este para morir? —dijo jadeando por la falta de aire salubre.

—Mal amigo eres si me has arrastrado hasta aquí para esto. Pero igual de malo soy yo si te dejo que cumplas con tan infausto designio.

Estirando del cuerpo exánime de Pirítoo, Teseo comenzó a alejarse de las llamas.

Un trueno rojo desgarró el cielo en ese momento y, partiendo las nubes, cayó en la lejanía, a su espalda. Las llamas se

excitaron, como alimentadas por un fantasmagórico combustible, y pareció que se arqueaban hacia los lados para hacer la puerta más grande. Al otro lado vio Teseo que se extendían los jardines ardientes en llamaradas azules y verdes y de muchos colores, pero todas igual de voraces. Más allá, ondulando su imagen a través del aire corrompido por la combustión, se alzaba un palacio de paredes grises, imposible de distinguir con claridad.

Una voz áspera desgarró el interior de sus mentes:

—¡Bienvenidos!

Teseo sintió que una potencia ajena a él tomaba posesión de su cuerpo, lo alzaba del suelo y lo empujaba en dirección a la entrada a una velocidad tan furiosa que no fue capaz de percibir ni un solo detalle del paisaje en derredor, pues, ante su vista, todo se había convertido en un confuso borrón. Volaba tan rápido entre las altas llamas que no le daba tiempo a abrasarse, aunque no podía evitar notar una quemazón en los brazos y las piernas, y el olor seco que despedían sus cabellos. Al frente, la imagen trepidante del palacio gris de Hades se hacía más y más grande, y Teseo pensaba ya que iba a estrellarse contra sus muros. Sin embargo, cuando estuvo ya delante mismo, vio que se abrían unas puertas enormes, por las que hubiera podido pasar un titán.

El viaje se detuvo súbitamente y los dos amigos cayeron al suelo y rodaron sobre un mármol negro y brillante. Las puertas se cerraron a sus espaldas con un golpe que retumbó dentro de sus cráneos y reverberó largamente en lo que parecía una estancia inmensa. Alzándose, vieron que se hallaban en un gran salón envuelto en tinieblas salvo por las teas que ardían en algunos lugares. Buscaron las paredes y techo con la

mirada para hacerse una idea de dónde se encontraban, pero cuando lograban distinguirlos más allá del tenue resplandor de las antorchas, les daba la impresión de que se alejaban a toda prisa, ampliando súbitamente la estancia, o perdían su forma y se combaban para huir de sus ojos indignos.

Solo la gran mesa, iluminada por un círculo de lucernas sostenidas en el aire, permanecía inmóvil y a la espera. Cuando llegaron hasta ella, pudieron comprobar que tenía un tamaño mayor que el suyo, capaz de alojar seres de envergadura sobrehumana. La presidían dos grandes tronos de refulgente azabache que tenían a los lados dos asientos vacíos, con mullidos cojines, para dos invitados. Estaba preparada para un banquete, repleta de manjares exuberantes sobre bandejas de oro y jarras rebosantes de licores cuyos aromas llegaban ya hasta ellos y los llamaban. Hizo ademán Pirítoo de encaramarse a uno de los asientos para los invitados para echarse algo a la boca, pero Teseo lo detuvo. Un golpeteo llegaba desde lo más profundo de las tinieblas.

Durante largos y angustiosos instantes, miraron alrededor intentando vislumbrar su origen. Este crecía y crecía, dirigiéndose hacia ellos. Su corazón dio un vuelco cuando advirtieron una forma, todavía velada, que se iba perfilando a medida que se acercaba a la luz. Reconocieron sus pasos, que eran los de unas sandalias, y el roce de una tela con el suelo. El aire se detuvo en sus pechos, incapaz de entrar o salir, cuando vieron que llegaba hasta la mesa la reina del inframundo, Perséfone, hermosísima y horrenda a la vez. De tez blanquísima, lúgubre, brillando como mármol bajo sus ropas oscuras y vaporosas, mantenía el aspecto de una doncella, aunque enfermiza, con los labios morados y los ojos

hundidos en dos sombras negras. Un velo caía sobre su larga melena y se confundía con ella, de manera que parecía que su cabello hubiera adoptado un tono azulado.

Al llegar a la mesa, se detuvo junto a su trono, que los mortales identificaron por las granadas que lo adornaban. Desde allí les lanzó una mirada helada, impertérrita, como si hubiera visto casualmente un despojo arrumbado en un rincón que olvidaría al instante, y luego, en silencio, tomó asiento y se sirvió una copa de delicioso néctar.

Rugió de nuevo la voz que les había hablado a la entrada:

—Os estábamos esperando.

Jirones de niebla llegaron reptando hasta la mesa, venidos desde todas las direcciones al mismo tiempo. Su contacto, notaron Teseo y Pirítoo al instante, producía una dolorosa gelidez, por lo que, huyendo de ella, no tuvieron más remedio que aproximarse a la mesa. Con el corazón en un puño, se vieron los dos empujados contra los asientos de los invitados. Todavía se resistían a encaramarse a ellos, puesto que los superaban en altura, cuando la niebla helada rodeó la mesa por completo. Teseo sintió que las piernas le temblaban y parecía que iban a doblarse sin que él pudiera evitarlo, cuando, entre los gases, vio que se insinuaba el volumen desmedido de unas piernas gruesas como las torres de una ciudadela, propias de una criatura con la altura de una colina.

Perséfone dejó su copa:

—Tomad asiento y saciad vuestra hambre y vuestra sed. Esta noche sois nuestros huéspedes.

Los dos amigos la escucharon con la boca entreabierta, pues les faltaba el aire, pero no fueron capaces de reaccionar. Cruzaron una mirada. Cada uno vio el terror en el rostro del otro.

Sintiendo un aliento detrás de ellos, se giraron a la vez, sacudidos por los nervios, a tiempo de ver lo que parecían un par de enormes ojos negros entre la bruma.

—¡Sentaos! —rugió la voz.

Los dos saltaron a los asientos, arrellanándose en los cojines.

La niebla se revolvió para dejar paso al poderoso Hades, que había reducido su tamaño para igualar la envergadura de su esposa. Al verlo llegar y sentarse a la mesa con ellos, Teseo y Pirítoo sintieron que se les helaba hasta el tuétano de los huesos. Tan impresionados estaban, o quizá era la bruma, que no dejaba de rondarles, que no llegaban a verlo claramente, sino confuso, nebuloso. Parecía vestir un peto de escamas de metal negro, pero no podían estar seguros. Hubieran dicho, sin asegurarlo del todo, que tenía la piel gris y, en lugar de ojos, dos simas profundas por donde silbaba el viento; sin embargo, una vez más, no era nítido lo que percibían.

La mano cenicienta de Hades avanzó en busca de una copa y, antes de beber, dijo:

—¿A qué debemos el honor de esta visita?

Teseo se volvió hacia su amigo, que intentaba tragar saliva sin conseguirlo. Con un gesto desesperado, le estaba exigiendo que no admitiera la absurda pretensión que los había llevado allí. Pronto vio que no era necesario advertirle: los labios de Pirítoo se agitaban, a punto de pronunciar palabras que él todavía no había pensado. Desbordado por la angustia, el rey de los lapitas comenzó a temblar y Teseo temió que fuera a desmoronarse y a confesar. Lágrimas espesas se formaron en sus ojos y resbalaron por sus mejillas. Frente a él, Teseo intentó llamar su atención para que lo mirase. Quizá de ese modo lograra calmarlo y pensar en alguna excusa. Sin embargo, su



Hades había reducido su tamaño para igualar la envergadura de su esposa.

mirada se había extraviado en la nebulosa que los rodeaba. Fue entonces cuando cometió el error que lo condenó, la confesión que Hades estaba esperando: de manera inconsciente, durante un brevísimo instante, sus ojos se posaron sobre el rostro macilento, pero inmensamente bello, rutilante, de la reina de los muertos.

El señor del inframundo lanzó su copa sobre la mesa con un golpe retumbante, salpicándolo todo. Resonaron sus carcajadas profundas en aquella estancia infinita, mientras las sillas donde estaban sentados Teseo y Pirítoo cobraban vida y, habiéndose disuelto los cojines en el aire, alargaban decenas de sarmentosos zarcillos de metal con la punta afilada hasta el tamaño de un cabello que penetraron en la carne de los mortales. Chillando de terror, sintieron los amigos su picadura aguda y fría y su presión en el interior de sus caderas y muslos, al tiempo que la sangre manaba por las heridas y caía al suelo en fluidos chorros. Al contacto con la silla, la piel de los dos hombres se endureció y se volvió cárdena. Entre sollozos, alaridos y jadeos, incapaces de levantarse debido al dolor que les producía intentar hacer el más mínimo movimiento, veían que su carne se amalgamaba con la materia del asiento mismo, que se estaban convirtiendo en una extensión de él.

Largo tiempo duraron sus gemidos y su pánico, tan quebrantados estaban por el sufrimiento que eran incapaces de abrir los ojos. Cuando lograron recuperar la compostura, el dolor era ya familiar para ellos, semejante a una melodía lejana que no podían dejar de oír y que les martilleaba los oídos. Teseo abrió los ojos arrasados por las lágrimas y se dispuso a pedir clemencia a su terrible anfitrión, sin embargo, los siniestros monarcas del mundo de las sombras habían desapa-

recido hacía mucho. Solo Pirítoo y él quedaban en la mesa, todavía abarrotada de unos manjares que ellos jamás podrían echarse a la boca, pues no les alcanzaban los brazos hasta ellos, en medio de un espacio negro y desierto. Su amigo lo observaba con la cabeza echada hacia atrás y el rostro congestionado por el dolor, hecho una mueca grotesca:

—¡Qué estúpida arrogancia! —se compadecía Pirítoo, con la boca seca por tantos alaridos como había proferido—. Pretender, en la madurez de mi vida, como culmen de todo lo aprendido, una hazaña que ni siquiera imaginan quienes están en la flor de la juventud y aún no conocen nada. —Teseo lo observaba en silencio, con los labios apretados por la aflicción y el resentimiento, la ira latiendo en sus ojos—. Te pido disculpas, fiel Teseo, aunque no sirva para nada. ¡Cómo desgarra mi corazón ver a qué patético final te he arrastrado diciéndome tu amigo!

Al fin el rey de Atenas despegó los labios:

—Toda una vida de estupidez no justifica la necedad de un hombre.

Ante estas palabras y el gesto agraviado de Teseo, Pirítoo no pudo contener de nuevo el llanto.

◇◇◇

Gusanos amarillentos se retorcían entrando y saliendo de la carne que se corrompía encima de la mesa sobre fuentes doradas. Las frutas se habían convertido primero en una pulpa parduzca y espumosa que luego quedó reseca, y el pescado, en un despojo nauseabundo, un nido de insectos que producía arcadas vacías a Teseo y Pirítoo, quienes no podían expulsar alimento alguno, pues en sus estómagos nada había.

¡Quién sabía cuánto tiempo había pasado desde que Hades los atrapara y los dejara olvidados en aquellas sillas! Escuálidos y debilitados, con barbas hirsutas y una larga cabellera, pasaban las más de las horas en un sopor intranquilo, sin llegar jamás a dormir, y luego, cuando coincidían ambos en recuperar la consciencia, Pirítoo se deshacía en lamentos que Teseo no podía soportar ya más. ¡Cuánto deseaba quien había sido rey de los lapitas morir de inanición para liberarse al fin y volar a los campos infernales convertido en una simple sombra! ¿Por qué no perecían? Teseo lo oía pero no lo escuchaba. Bien claro tenía que era la voluntad de Hades lo que los mantenía en aquel perpetuo estado de tormento.

Otros pensamientos muy distintos atormentaban al rey de Atenas. ¿Cuál sería el curso de los acontecimientos en su ciudad al haberse prolongado tanto su ausencia? ¿Habrían renunciado los atenienses a la esperanza de volver a ver a su rey? ¿Acaso lo buscaban partidas de rescate, creyéndolo víctima de un ataque? ¿Se habría sumido la asamblea en el desconcierto y algún oportunista habría aprovechado el vacío? ¿El ejército, descabezado, habría sucumbido ante una invasión enemiga? La fiebre de la especulación, las preguntas acumuladas le daban vueltas en la cabeza hasta hacerle perder el sentido.

◇◇◇

Dormitaba Teseo con la cabeza echada a un lado. Años hacía, según sus cuentas, que las carnes de la parte inferior de su cuerpo eran uno con su asiento, hasta el punto de que ya no era capaz de distinguir las unas del otro. Así, después de haber pasado por todos los estadios de la desesperación, había decidido convencerse de que ya no era Teseo, hijo de Egeo y soberano de

Atenas, sino una silla, y como tal había resuelto que conduciría su existencia. Ya no reñía con su amigo ni lo miraba siquiera; ya no se mordisqueaba las uñas para acortarlas, sino que las dejaba crecer y crecer, sucias y retorcidas; ya prácticamente nunca se movía. Como nada había en derredor que valiera la pena ver, no sentía necesidad de abrir los ojos. Hasta aquel momento.

El chirrido pesado de unos goznes; la luminosidad danzarina y carmesí de los campos de fuego; el golpe de la puerta, aquel que oyeron retumbar el día aciago en que cayeron en la trampa; un volumen dudoso que se hacía más grande; pasos desacompasados, producto de varios pies. Poco a poco, ante su vista nublada se fue conformando la imagen de dos figuras, una masculina y otra femenina. Se acercaban, llegaban hasta ellos. La palidez de Perséfone y sus cabellos azulinos, y a su lado, un hombre corpulento, de extraordinaria envergadura, brazos poderosos, andar confiado, con una piel de león echada sobre las espaldas a modo de coraza y una maza al hombro a la manera del mismísimo Hércules. Teseo sonrió débilmente. Si ya deliraba, tal vez el final de su tortura estaba cerca. Reuniendo sus escasas fuerzas, murmuró:

—Gracias, magnánimo Hades, señor de los infiernos, por concederme el alivio de la muerte.

—Guarda tus fuerzas, viejo amigo —dijo la voz de Hércules delante de él—. Las necesitas para el camino de regreso.

Teseo abrió más los ojos para ver mejor, confundido por aquellas palabras. Eran muchas las voces que había oído en aquel tiempo, los diálogos que había entablado en su imaginación con personas de su vida que no estaban allí. Hércules lo tomó de los brazos y fue entonces, al sentir su calidez y su firmeza, cuando el corazón de Teseo dio un vuelco, y sus frené-

ticas palpitaciones bombearon a toda prisa en su ánimo el vigor que había permanecido aletargado durante años. Alzando las manos hacia su salvador, se dejó llevar por el llanto. Pirítoo, que acababa de despertar, se unió a él en un sollozo implorante. La reina de los muertos les dio la espalda y se encaminó de nuevo hacia la oscuridad:

—Libéralos, si es que puedes, antes de que cambie de idea —dijo al tiempo que la devoraban las tinieblas.

Hércules rodeó la silla de Teseo para considerar adecuadamente el prodigio por el cual estaba atrapado. Al volver frente a él, su mirada expresaba sin palabras el juicio a que había llegado. Contempló el precario estado de su amigo, por un momento, y luego exhaló un largo suspiro. Habiendo decidido actuar lo más rápido posible para evitar males mayores, rodeó sin previo aviso el torso del de Atenas con sus brazos y, con un poderoso gruñido, estiró de él. Se oyó el desgarro de su cadera como el despiece de una res abierta en canal. Aullando de dolor, Teseo se desmoronó sujeto por el abrazo de su amigo, mientras la sangre corría por sus piernas. Pegada a la silla había quedado una buena medida de su carne.

Después de dejar a Teseo sobre el mármol pulido, Hércules fue a liberar a Pirítoo, quien lloraba sin consuelo temiendo el dolor por anticipado. Tal como hiciera con el otro condenado, lo abrazó el hijo de Zeus y se dispuso a tirar de él, sin embargo, sucedió que al aplicar su fuerza una convulsión estremeció el suelo. Ignorándola al principio, Hércules tiró con más fuerza, pero pareció que el movimiento de la tierra contestaba retemblando con mayor nervio. Las ruinas del banquete se desplazaban sobre la mesa y caían, las sillas mismas se agitaban, chillaba Pirítoo presa de un padecimiento inenarrable. Hércules lo in-

tentó de nuevo y, con la misma intensidad de su impulso, se resquebrajó el suelo en una enorme grieta que, junto a sus pies, supuraba sangre ardiente de lo más profundo de la tierra. Así comprendieron todos que la benevolencia de los señores del inframundo no alcanzaba a Pirítoo, quien había sido, al fin y al cabo, el inspirador de aquella blasfema empresa.

Hércules se separó de él y reculó mirando alrededor. El cataclismo no cesaba. Sujetándose al brazo de su salvador, Teseo se alzó precariamente. Pirítoo lo observaba desde la silla:

—Vete, admirado amigo. Corre lejos de aquí antes de que la negra sombra de la muerte te atrape para siempre. Ojalá algún día puedas perdonar los males que te he causado.

Con una nueva sacudida de la tierra, la hendidura se ensanchó y escupió bolas incandescentes que rodaron por el suelo, haciendo que las losas de mármol se partieran en pequeños pedazos. Hércules levantó a Teseo como a un niño, se volvió hacia el lugar perdido en la negrura donde se situaba la puerta y en esa dirección salió corriendo. Alzando la cabeza por encima de los musculosos hombros del héroe, Teseo vio empequeñecerse a su amigo en aquella silla funesta sacudida por el seísmo y acosada por la lava.

—Volveremos a vernos, Pirítoo —acertó a susurrar entre lágrimas—. No tardará, quizá, mi hora de regresar a estos dominios y entonces no volveremos a separarnos.

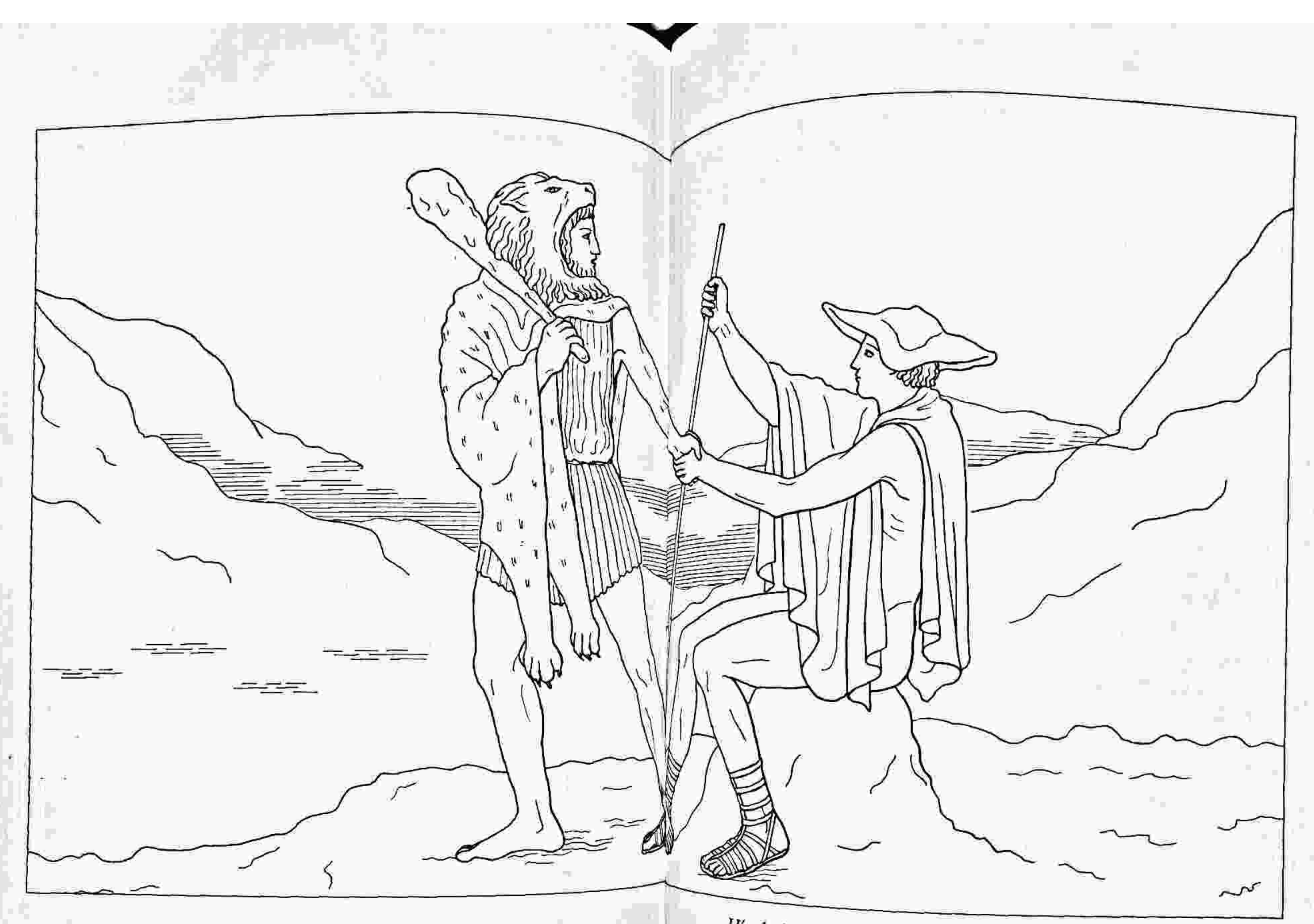
∞

Se cuarteaba la tierra en los campos. Recogida la mies y trillada la parva, se amontonaba la paja en las eras y el grano en los silos a las afueras de las aldeas. Por caminos que serpenteaban entre este paisaje caminaba el hombre al que los vivos habían llamado

Teseo apoyándose en un cayado, vestido con una túnica raída y un gastado zurrón con pan, queso y un odre de agua. A él mismo le costaba a veces reconocerse al ver su reflejo, que le devolvía la imagen de un viejo demacrado. Así, con el aspecto de un vagabundo, alcanzó las tierras del Ática, que recorrió poniendo gran atención en lo que veía y oía en un intento de tomar el pulso del reino en su ausencia.

Durante un trecho del camino, pensó que se había confundido, pues solo hallaba aldeas diminutas y casas aisladas donde él recordaba haber ayudado a concentrar poblaciones dispersas. No fue hasta llegar a los pueblos de mayor tamaño cuando notó la ausencia del estandarte de Atenas en los lugares donde este se solía situar. Luego, en una población grande y próspera, vio que los hombres se apresuraban por las calles para reunirse en el ágora y se acercó a escuchar. Se discutía un contencioso territorial con el pueblo vecino por el motivo del acceso a una corriente de agua. Había exaltación en los ánimos y no se mencionaba a Atenas ni a su asamblea ni al soberano, como si no tuvieran nada que decir en ello. ¿No se habían dibujado acaso a las órdenes de Teseo mapas del territorio para conocerlo al detalle y dirimir ese y otros asuntos? ¿Por qué resucitaban los áticos aquellas antiguas rencillas? No le pareció prudente intervenir, sino que se alejó preocupado.

Una jornada más tarde, camino adelante, oteó Teseo a lo lejos columnas de humo que parecían propias de un gran incendio. Ascendiendo a lo alto de un otero en busca de una vista mejor, pudo avizorar también grandes polvaredas que se alzaban en varias direcciones, causadas, pensó, por el movimiento de grupos numerosos de personas. ¿Qué sucedía en su reino?



Hércules levantó a Teseo como a un niño y se dirigió hacia donde se situaba la puerta.

Llegando a los alrededores de Atenas, apretó, ansioso, el paso. Ardía en deseos de volver a ver su ciudad, que en esas fechas debía de estar celebrando las fiestas en honor a Atenea, con sus procesiones y sus sacrificios, pero, sobre todo, el estallido de energía y vida, de entusiasmo popular, que producían las competiciones atléticas. Con buen tino había instituido las Panateneas para lograr el propósito de reunir bajo la diosa protectora de Atenas a todos los áticos. Necesitaba sumergirse de nuevo en el bullicio de las fiestas, la emoción de las competiciones, el contacto de su pueblo.

Su apasionamiento se enfrió cuando empezó a encontrar ruinas en el camino. Poblaciones que había ayudado a fundar, edificios para el servicio público, estructuras de abastecimiento que había ordenado levantar… eran ahora montañas de escombros polvorientos, a veces sustituidos por torres de defensa, cuarteles, nuevas construcciones de las que él nada sabía. Recordaba campos de cultivo siempre exuberantes donde ahora solo había extensos eriales sembrados de guijarros; rememoraba bosques frondosos, hayedos, robledales, pinares, que ahora estaban calcinados. Atravesando aquellos lugares transfigurados, Teseo volvía a sentirse extraño en su tierra. Como vio en la lejanía que los soldados detenían a los viajeros de malos modos, se apartó del camino e hizo noche en las ruinas de un molino de agua.

El último tramo hasta Atenas le rompió el ánimo. La tierra había sido arrasada por una guerra y, aunque la población había reconstruido sus casas y rehecho sus vidas, no recuperaron el esplendor de antaño, sino que habían caído en la miseria. Niños famélicos, animales enjutos, cosechas escasas, casas maltrechas, ropas viejas y remendadas: la pobreza se veía por todas

partes. Cuando llegó a las puertas sagradas de la ciudad, se estremeció: el cementerio del Cerámico se había hecho inmenso. Entró en Atenas por el camino de las Panateneas, tal como él lo había nombrado. No había celebración alguna.

En su descenso hacia el ágora veía la ciudad a sus pies, con la colina del Aerópago al sur y la acrópolis, aún más alta, al sudeste. En un primer vistazo echó en falta edificios que habían formado parte de su obra de gobierno, mientras que divisó otros nuevos todavía cubiertos de andamiajes. Atravesó una calle llena de tenderetes, como tantas veces había hecho en el pasado. En aquellos tiempos no alcanzaba muy lejos sin ser detenido por la muchedumbre, sin ser saludado, sin recibir regalos, y, aunque se sabía muy cambiado, tenía la esperanza de que quizá alguien lo reconociera. Sin embargo, era indistinguible de los demás menesterosos. Los ojos mustios, huidizos, de los atenienses buscaban con cansancio en la escasez de los productos expuestos, en el silencio, en la tristeza del mercado. Unos gritos rompieron el mutismo. Teseo buscó alrededor: dos mercaderes reñían por algún motivo y nadie los separaba, nadie los miraba siquiera.

Al fin, tras haber intentado retener la angustia en su pecho durante todo el viaje, sintiendo que esta se cebaba a cada paso, con cada descubrimiento, tuvo que dejarla escapar con un largo suspiro. Volviéndose hacia la ciudadela, se encaminó hacia el palacio para conocer al nuevo rey.

◊◊◊

Menesteo, hijo de Peteo —a quien Egeo había desterrado años atrás—, lo recibió informalmente en un patio trasero del palacio, en el cual se había marcado un perímetro de arena en cuyo interior la guardia y el nuevo rey practicaban el comba-

te. No acababa de creer que el extraño solicitante fuese quien decía, pero, aun así, lo esperó en la arena con las espaldas bien guardadas por sus hombres. Cuando lo vio llegar, el joven monarca se acercó a él blandiendo la espada, todavía sudado y con el ánimo encendido.

—¿Sabes cuántos locos han venido hasta aquí gritando en su delirio que eran el legítimo rey de Atenas? Teseo está muerto.

—No, no lo está, aunque casi lo estuvo —respondió el visitante.

Como vio que todos tenían el pecho descubierto, puesto que hacía mucho calor, Teseo se abrió la túnica, se recogió los cabellos para despejar su cara y lanzó una mirada intensa a todos los presentes. Había distinguido entre las armas tiradas en un rincón, muchas de ellas quebrantadas, el escudo que había sido de su padre y que había reparado delante de los clanes del norte muchos años atrás. Volvía a estar roto en el mismo lugar, y, tal vez como un desprecio, el nuevo rey lo había mandado tirar junto a las armas viejas para hacer ejercicio. Acercándose a él, introdujo el antebrazo en las cintas de cuero, aquellas adaptadas a los dedos largos de su padre. Todos vieron que los suyos encajaban del mismo modo perfecto.

—Este escudo de mi padre lo restauré yo como símbolo de la unión de los pueblos del Ática y se lo regalé al caudillo Fedón. Si ahora está aquí es porque Fedón lo debió de perder en combate, porque era el más fiel aliado de mi padre y no hubiera permitido en modo alguno que fuera víctima de este abandono. Si te molesta mi presencia, acaba conmigo, si te crees capaz. Solo necesito este escudo para recuperar mi trono.

Se había convertido en un viejo agotado, incapaz de ganar aquel combate, sin embargo, por su gesto, el brillo de su mi-

rada, la audacia de sus palabras, algunos de los que estaban allí, que lo habían conocido, se dieron cuenta de que, efectivamente, aquel hombre era el antiguo rey Teseo. Así corrió la revelación entre ellos como un murmullo y así lo hicieron saber al nuevo rey.

—No es necesario que riñamos, ni quiero hacerlo. —Menesteo clavó la espada en la arena—. Ahora bien, debes saber que tu trono lo has perdido sin remisión, porque has perdido al pueblo de Atenas. —Yendo a buscar sus ropas, se cubrió y se invistió con los honores reales mientras hablaba—. Más te vale ocultar quién eres para que nadie te descubra, porque aquellos que un día te quisieron hoy te maldicen y te tienen por el causante de sus desdichas. Por la última de tus hazañas, la más innoble, condenaste a Atenas a la ira de Esparta. Los hermanos de Helena, Cástor y Pólux, vinieron a por ella al frente de sus huestes y un sinnúmero de aliados. Al principio se abstuvieron de cometer acciones hostiles, pero pocos en la ciudad sabían dónde tenías escondida a la niña. El resultado ya lo has visto. Fedón cayó haciendo honor a la promesa que había contraído contigo, pero más inteligente fue el delator que confesó dónde estaba Helena, él fue la salvación de Atenas.

Teseo bajó la mirada, avergonzado. Había tenido tiempo de reconocer lo temerario de la conducta que había mostrado en su madurez, tan poco en armonía con sus logros en la ciudad y sus grandes gestas, sin embargo, ahora veía confirmados sus temores más terribles. En el último momento había cometido justamente la clase de indignidad que había luchado por no repetir desde que abandonó a Ariadna. Resbaló el escudo de su antebrazo y cayó en la arena, donde se balanceó con aire patético por el lado convexo.

—Mi madre.

—Sigue viva, aunque, si quieres verla, tendrás que ir a buscarla a Esparta, donde es sirviente de Helena y esclava del rey Tindáreo. Puedo hacerte llegar hasta a ella en virtud de los lazos de amor y respeto que he logrado establecer con ese admirable pueblo. Ahora bien, no puedo asegurar tu buen regreso. Los hermanos, a los que llaman Dioscuros —los hijos de Zeus—, son impetuosos y no se detienen ante nada.

Con la mirada perdida, Teseo arrastró los pies hasta donde había dejado su túnica y su cayado y, tomándolos en un bulto, sin molestarse en volver a vestirse, se alejó de la arena.

Huía por los pasillos helados, despertando los murmullos de los sirvientes, algunos de los cuales también lo habían reconocido, cuando uno de los veteranos de la guardia que había estado en la arena llegó hasta él corriendo.

—Rey Teseo —le dijo en un susurro—, tus hijos Acamante y Demofonte están a salvo en la isla de Eubea, junto al príncipe Elefenor, el hijo de tu viejo aliado Calcodonte. En los peores tiempos muchos tramaron contra ellos, pero otros tantos recordamos la grandeza de su padre.

Volvió el color al rostro de Teseo, cuyos ojos habían recuperado el brillo.

—¡Gracias, buen amigo, gracias! —repetía tomando al otro por los brazos y acariciándole las mejillas—. ¡Me has devuelto la vida!

◇◇◇

Teseo embarcó en el primer barco que quiso llevarlo. Mientras la visión de Atenas —tierra adentro— y de los pueblos costeros del Ática se alejaba, el antiguo rey murmuraba para sus

adentros solemnes maldiciones. Había decidido que, cuando llegara la hora de volar al reino de Hades, haría todo lo que estuviera al alcance de su mano para que su ingrata patria nunca recuperara sus restos. Luego se sacudió el polvo ateniense de las sandalias, se dirigió a la proa del barco, y allí, bajo el azote del viento y de las olas, clavó una mirada de esperanza en el mar indómito que tantas veces había navegado.

Recorriendo la costa, el barco llegó al cabo de Sunion, y después de doblarlo, desapareció de la vista. Tal como se desvaneció en el mar, Teseo se borró del recuerdo de los suyos por culpa de sus defectos, las carencias de todo ser humano. Un océano de tiempo tardarían los atenienses en volver a acordarse de él, el monarca constructor que puso en orden su ciudad e instituyó la justicia, que construyó lazos entre los hombres, que compartió el poder, que hizo grande la tierra que los vio nacer; el rey sin cuya ambición jamás hubiera sido Atenas el faro de civilización en la noche del mundo que fue, que aún es hoy y que nunca dejará de ser.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Teseo es el héroe nacional de los atenienses, no solo por aquellas gestas con las que quiso emular a su pariente Hércules, sino sobre todo por su labor como gobernante. En este sentido, a él se atribuyen tanto la unificación de todas las gentes del Ática en una sola comunidad como los principios del gobierno democrático que caracterizaron a la Atenas de época clásica.

El nombre de Teseo evoca de inmediato una de las historias más populares de toda la mitología griega: la del laberinto de Creta. Gracias a la ayuda de la princesa Ariadna, el héroe consiguió entrar en esa intrincada construcción concebida por el arquitecto Dédalo, vencer al Minotauro que habitaba en ella y salir victorioso para, acto seguido, emprender el regreso a su ciudad, Atenas. Sin embargo, y ya desde la Antigüedad, el hijo de Egeo fue mucho más que eso para los atenienses, incluso si el mito se interpreta, como en ocasiones se ha hecho, como el recuerdo de la liberación por parte de los griegos del continente de una dominación minoica (la civilización cretense que floreció entre el tercer milenio y el año 1450 a.C.) de la que, por otra parte, no hay ninguna constancia histórica ni arqueológica. Para esos atenienses, Teseo era su héroe nacional y ello en un doble sentido: por un lado, por sus hazañas, por otro, por su labor como gobernante.

En lo que se refiere a las primeras, Teseo puede verse como la contrapartida ática del dorio Hércules, con quien por otro lado estaba

emparentado, pues las madres de ambos, Etra y Alcmena, eran primas. En la biografía que el escritor griego Plutarco (46-120 d.C.) le dedicó en sus *Vidas paralelas* (una colección en la que se emparejan biografías de personajes griegos y romanos con algún distintivo común) se insiste precisamente en el hecho de que lo que empujó a Teseo a partir en busca de su padre a Atenas por la ruta más larga y peligrosa, la terrestre, fue el deseo de emular a Hércules. Si este, con sus celebérrimos doce trabajos, había contribuido a limpiar la faz de la tierra de monstruos y alimañas que perturbaban el orden impuesto por los dioses olímpicos, otro tanto iba a hacer Teseo al enfrentarse y matar no tanto a criaturas fabulosas (excepción hecha de la cerda de Cromión) como a salteadores y bandidos que extendían la iniquidad por doquier, volvían inseguras las rutas y dificultaban la normal actividad de labriegos y mercaderes de la zona del Ática. Estas gestas ya eran suficientes para hacer de Teseo uno de esos héroes bienhechores que tanto abundan en la mitología helena.

EL FUNDADOR DEL ESTADO ATENIENSE

Lo que distingue a Teseo de otros héroes griegos es la segunda de sus facetas, la de rey justo y sabio. En este punto el mito se confunde con la historia constitucional de la Atenas clásica del siglo V a.C., la de la democracia, en lo que posiblemente sea una audaz maniobra de propaganda política llevada a cabo con el propósito de justificar el gobierno del pueblo y darle el más prestigioso de los orígenes. El tirano Pisístrato (h. 607-527 a. C.), cuyo gobierno moderado y benevolente contó con el apoyo del pueblo, o el político Clístenes (570-507 a.C.), el introductor del gobierno democrático, pueden estar detrás del nuevo impulso que conoció la figura de Teseo.

El héroe que bajó a los infiernos

Con unos orígenes que señalan a las culturas mesopotámicas, donde el Irkalla es un oscuro mundo subterráneo en el que vagan los espíritus de los muertos, el motivo de la bajada al Hades cuenta con una amplia tradición en la mitología griega. Orfeo, Ulises y Eneas fueron algunos de los héroes que bajaron a ese reino de sombras, si bien por motivos muy diferentes a los de Teseo y su amigo Pirítoo: el primero descendió para rescatar a Eurídice, su difunta esposa; el segundo, para consultar al adivino Tiresias; el tercero, para ver de nuevo a su padre, Anquises. Todos ellos consiguieron regresar de nuevo al mundo de los vivos, mas no así el hijo de Egeo, quien, quizá porque su propósito (solicitar la mano de Perséfone) tenía algo de blasfemo, hubo de esperar cuatro años hasta que Hércules lo liberó. Esto, al menos, es lo que se lee en la *Biblioteca mitológica*, atribuida a Apolodoro de Atenas (siglo II a. C.), pues las versiones difieren según los autores: así, si para el mitógrafo latino Higino (64 a. C.-17 d. C.) Pirítoo fue también salvado, para el historiador griego Diodoro Sículo (siglo I a. C.) ambos amigos se quedaron para siempre en el Hades. Plutarco (46-120 d. C.), en cambio, en su deseo de purificar su biografía de todo elemento fabuloso, convirtió a Hades en un tal rey Aidíneo, casado con una mujer llamada Perséfone. Todo aquel que pretendiera a su hija Core debía vencer antes a un perro llamado Cerbero, y como ambos amigos le parecieron más raptores que pretendientes, encerró a Teseo en sus mazmorras después de que el can despedazara a Pirítoo.

Según esta visión del mito, una vez rey, el hijo de Egeo fue el artífice de unificar las doce comunidades en que hasta entonces había estado dividida el Ática. Uniendo «el poder a la inteligencia», Teseo, en palabras del historiador Tucídides (460-396 a.C.), «suprimió los consejos y las magistraturas de las otras ciudades y unificó a todo el mundo en la ciudad actual [Atenas], estableciendo un consejo y un pritaneo [una especie de casa consistorial] únicos». Es el fenómeno que se conoce como «sinecismo», esto es, la agrupación de diferentes poblaciones hasta entonces separadas en una única ciudad-estado. Atenas, cuyos límites apenas excedían lo que ocupa la colina de la Acrópolis, empezó así a convertirse en la gran urbe que fue en época arcaica y clásica. Fue una labor ardua, pues cuenta Plutarco que, para convencer a los habitantes del Ática, Teseo hubo de negociar con cada familia y cada comunidad. Los más pobres cedieron fácilmente a sus exhortaciones, no así los más poderosos, «a los que fue preciso proponerles un gobierno no monárquico, sino popular, en el que a él no le quedase más que el mando de la guerra y la custodia de las leyes, guardándose igualdad en todo lo demás». La monarquía dejaba paso así a una nueva organización política que acabó siendo una de las grandes aportaciones de la civilización griega al mundo: la democracia.

Teseo, además, dividió la nueva sociedad ateniense en tres clases (nobles, artesanos y agricultores), estableció fiestas como la de las Panateneas, convertida en símbolo de la unidad política del Ática, acuñó moneda y reorganizó los Juegos Ístmicos, que se celebraban en Corinto en honor a Poseidón, del que el héroe se consideraba, según una tradición, hijo. Teseo, por tanto, no solo fue el pacificador y unificador el Ática, sino el auténtico creador del Estado ateniense. Y aunque a su muerte no logró la condición de dios olímpico con que fue distinguido Hércules, sí fue venerado

por parte de sus compatriotas, sobre todo después de que quienes participaron en la batalla de Maratón contra los persas en el año 490 a.C. relataran que una de las claves de su victoria fue la aparición del héroe combatiendo a su lado. Años después, en 476 a.C., un oráculo del santuario de Apolo en Delfos llevó a los atenienses a recuperar los supuestos restos de Teseo de la isla de Esciros en la que se hallaban y a trasladarlos a Atenas, donde se convirtieron en objeto de culto a los que, el octavo día de cada mes, se les ofrecían sacrificios. Aunque se desconoce el lugar exacto en el que fueron inhumados, una tradición probablemente de época bizantina situaba ese lugar en el Hefestion, el templo de estilo dórico dedicado al dios de la metalurgia, Hefesto, que todavía hoy se levanta en el ágora ateniense, razón por la cual se lo conoce desde entonces también con el nombre de Teseion.



Atribuido al Pintor de Codro, este kílix o copa de figuras rojas para beber vino (British Museum de Londres) fue realizado hacia el año 440 a.C. Todo en él exalta la figura de Teseo como héroe nacional ático. Su tondo o parte interior representa la victoria sobre el Minotauro, mientras que alrededor se escenifican otras hazañas del hijo de Egeo, como el combate contra Cerción, la captura del toro de Maratón o la muerte del ladrón Procusto, asesinado en la misma cama en la que él mataba a sus víctimas.

UN GOBERNANTE IDEAL

La literatura griega antigua hizo de Teseo el ideal de gobernante noble y sabio. Esa es la imagen que se desprende de la obra de los grandes trágicos, por ejemplo, del *Edipo en Colono* de Sófocles (496-406 a. C.), en la que el rey ateniense es contrapuesto al tebano Creonte, este falaz, hipócrita y desagradable, o de *Las suplicantes* de Eurípides (484-406 a. C.), donde Teseo intercede para rescatar los cuerpos de los caudillos caídos al intentar conquistar Tebas. Pero en ambos casos se trata de episodios marginales del mito teseico.

Los escritores romanos no sintieron una menor fascinación por el personaje de Teseo. El episodio del laberinto de Creta fue, sin duda, el motivo predilecto, como se aprecia en los versos de Catulo (87-57 a. C.), en su *Carmen LXIV*, y también en las *Heroidas* de Ovidio (43 a. C.-17 d. C.), una colección de cartas amorosas en la que descuella una que la abandonada Ariadna dirige a Teseo. Ovidio, sin embargo, fue también más allá en su extenso poema *Metamorfosis*. Su libro VII narra el reconocimiento de Teseo por su padre Egeo, la fiesta que se hizo entonces y el himno que los notables y el pueblo llano, «inspirados por el vino», entonaron en honor al héroe y a sus gestas, gracias a las cuales los habitantes del Ática pudieron cultivar sus tierras o desplazarse de un lugar a otro seguros y sin miedo a perder la vida. «Si quisiéramos enumerar tus glorias y tus años, tus hazañas sobrepasarían a tus años. Por ti, el más valiente, hacemos públicos votos, en tu honor tomamos tragos de vino», culmina ese himno.

Ya en la Edad Media, pero a las puertas del Renacimiento, Giovanni Boccaccio (1313-1375) escribió el poema heroico *Teseida*, cuyo tema es la guerra que el héroe ateniense sostuvo contra las

amazonas y contra la ciudad de Tebas, aunque todo ello rodeado de una intriga amorosa protagonizada por dos jóvenes tebanos que se disputan el amor de Emilia, la hermana de Hipólita, la reina de ese pueblo de mujeres guerreras. En la misma época y con idéntico argumento, Teseo aparece en el primero de los *Cuentos de Canterbury* del inglés Geoffrey Chaucer (h. 1343-1400), «El cuento del caballero». La Atenas clásica se convierte en estas páginas en una ciudad en la que imperan los ideales caballerescos y del amor cortés. Aunque elogiado como «conquistador tan emérito que no había entonces ninguno tan grande como él bajo la capa del sol», Teseo es un duque que sobresale como modelo de clemencia y justicia. El mismo título nobiliario, y no el de rey, tiene en *Sueño de una noche de verano*, una comedia de William Shakespeare (1564-1616) que mezcla hábilmente el universo de los humanos con el de las hadas y los espíritus, la realidad y la fantasía, el amor y el humor, con las bodas de Teseo y la amazona Hipólita como excusa de toda la trama. Como detalle curioso, Egeo no es aquí el padre del vencedor del Minotauro, sino el de una joven, Hermia, cuyo amor se disputan Lisandro y Demetrio.

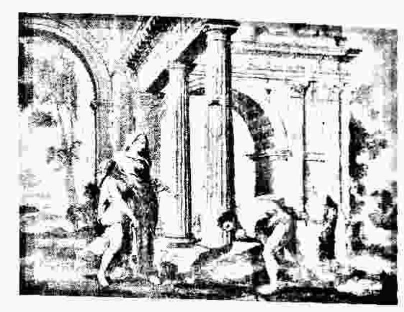
Ya en el siglo xx, la novela corta *Teseo*, del francés André Gide (1869-1951), presenta al ateniense rememorando los hechos de su vida, sus proezas, su dedicación a hacer de los hombres seres mejores y más libres, pero también los errores cometidos por la juvenil creencia de que solo vale seguir adelante, ser libre y no deberse sino a uno mismo. Al final, todo se resume en un escueto: «He vivido».

Mucho más prolijas se presentan *El rey debe morir* y su continuación, *Teseo, rey de Atenas*, dos novelas de una de las grandes especialistas del género histórico, la británica Mary Renault (1905-1983), que abordan toda la peripecia del héroe desde su nacimiento hasta su muerte.

EL HÉROE EN ACCIÓN

Con diferencia, el motivo del mito de Teseo más tratado por los artistas de todos los tiempos es el que tiene que ver con su estancia en Creta, la lucha con el Minotauro en el Laberinto y la huida y posterior abandono de Ariadna en Naxos. Ello, sin embargo, no significa que otros episodios de su historia no hayan sido también tratados. La cerámica griega es particularmente rica en este ámbito. Uno de los ejemplos más valiosos es la llamada Copa de Aisón, así llamada por el nombre del pintor que la firma. Se trata de un kílix (copa para beber vino) de figuras rojas del siglo v a. C. cuyo tondo interior muestra la muerte del Minotauro, con Teseo asistido por la diosa ateniense por antonomasia, Atenea, y el exterior, los distintos trabajos del héroe, como la captura del toro de Maratón o la lucha con Escirón, Sinis y Procusto. Se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. En escultura, destacan los relieves de dos de las batallas en las que participó Teseo, la de las amazonas y la de los centauros, que formaban parte del programa decorativo del Partenón de Atenas, el gran templo dedicado a Atenea. Realizados por la escuela de Fidias (h. 500-431 a. C.), suponen una de las culminaciones del arte griego de época clásica. Hoy se hallan repartidos por el British Museum de Londres y el Museo de la Acrópolis de Atenas.

En época moderna, y al margen de los episodios de Creta, uno de los temas predilectos de los artistas ha sido el del hallazgo de las armas de Egeo. El francés Nicolas Poussin (1594-1665) marcó aquí la pauta con su estilo clasicista, continuado luego por su compatriota Laurent de La Hyre (1606-1656) o el italiano Antonio Balestra (1666-1740), entre otros. El flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640), en cambio, prefirió abordar al héroe en alguna de sus gestas, como en *El rapto de Hipodamía*, que representa la lucha contra los centauros, o en *La batalla contra las amazonas*, una de las más impactantes escenas bélicas pintadas en el Barroco por el número de figuras que intervienen, su movimiento y su violencia. En escultura, sin duda, la obra más destacada es *Teseo y el centauro*, donde el neoclásico Antonio Canova (1757-1822) representa al héroe en el preciso instante en que se prepara para descargar el golpe definitivo sobre su rival ya vencido. Para albergarla, el arquitecto Pietro Nobile (1774-1854) construyó en el Volksgarten de Viena el Theseustempel o templo de Teseo, que reproduce a escala reducida el Teseion del ágora de Atenas.





Arriba, Teseo encuentra las armas de su padre *(Museo Conde de Chantilly), óleo de Poussin, el gran representante del Barroco francés más clasicista. La contención de la escena, que tiene como escenario unas arquitecturas que evocan las ruinas de la Antigüedad, contrasta con el torbellino de personajes y situaciones de* La batalla contra las amazonas *(Alte Pinakothek de Múnich) que Rubens pintó hacia 1615. Teseo se distingue en el lado superior izquierdo, montado sobre un caballo blanco y empuñando una lanza.*

TESEO EN LA ESCENA LÍRICA

Al margen de las obras musicales inspiradas en el mito del laberinto, el Minotauro y Ariadna, Teseo aparece en varias óperas importantes, sobre todo en un Barroco que valoró su carácter como héroe y, muy especialmente, como gobernante modélico, espejo de monarcas. La corte de Versalles mostró una notable predilección por él. Así, el padre de la ópera francesa (a pesar de su origen italiano) Jean-Baptiste Lully (1632-1687) estrenó en 1675 su *Teseo*, una tragedia lírica en cinco actos que sobresale por la espectacularidad de sus números corales, sus danzas y el belicoso color de su orquestación. Su argumento gira en torno al reconocimiento de Teseo por su padre Egeo, todo ello rodeado de una intriga amorosa en la que la maga Medea y la doncella Aegle compiten por el amor del joven. En 1713, el libreto fue traducido y adaptado para que Georg Friedrich Händel (1685-1759) estrenara en Londres su propio *Teseo*. Si el de Lully es un ejemplo representativo de ópera francesa, el de Händel lo es de ópera seria italiana, de ahí la primacía de la voz sobre la orquesta y de la música sobre los aspectos puramente teatrales.

El joven aventurero deja paso al gobernante maduro en *Hipólito y Aricia* de Jean-Philippe Rameau (1683-1764), una obra que en su momento desconcertó por la originalidad con la que abordaba y renovaba el modelo de ópera francesa impuesto por Lully. El segundo de sus cinco actos, sin duda el más célebre de la partitura, representa la bajada de Teseo al Hades con una música de particular fuerza descriptiva. No obstante, el aspecto de rey sabio aparece más destacado en óperas basadas en la tragedia *Edipo en Colono* de Sófocles, como la homónima de Antonio Sacchini (1730-1786), igualmente inspirada en el modelo operístico galo a pesar de la nacionalidad italiana de su compositor.

Muy diferente a todas estas obras por su tono iconoclasta es la trilogía que en 1927 dio a conocer el francés Darius Milhaud (1892-1974): *El rapto de Europa*, *El abandono de Ariadna* y *La liberación de Teseo*. El hecho de que su interpretación conjunta apenas alcance los veinticinco minutos hace que el sobrenombre con el que se las conoce, de «óperas-minuto», quede completamente justificado. Y aun así, a pesar de esa extrema brevedad, presentan coros, arias o dúos, todo ello llevado a un vértigo cinematográfico.

Índice